

Iván Parro Fernández

EL SALVADOR:
EL LARGO CAMINO
HACIA LA RECONCILIACIÓN

A los que trabajan por la paz (sobre todo y ante todo)

A Marga

A mi familia

A mis amigos de Sant'Egidio

*“... a los que están por situaciones violentas,
deseo dirigirles una invitación a la comprensión.
Nada violento puede ser duradero.
Aún hay perspectivas humanas, soluciones racionales
y, sobre todo, superior a todo,
está la palabra de Dios que hoy ha gritado:
¡Reconciliación!”*

(Óscar Arnulfo Romero, 1980)

NOTA DEL AUTOR

Empecé a conocer la existencia de El Salvador a raíz de tener noticia del asesinato de Mons. Romero. Yo era un joven de 17 años preocupado por temas sociales, y el acercamiento a la figura y el mensaje del “Santo de América” me produjo ante todo un gran respeto y una enorme conmoción. Luego supe también de la muerte de Rutilio Grande, el fiel amigo y compañero de Romero, también brutalmente asesinado; leí acerca del asesinato de los jesuitas y de sus colaboradores de la UCA en 1989; de la masacre de El Mozote, y de otras tantas muertes sin sentido en ese país pequeño en extensión pero grande en sufrimientos. Me alegré mucho al recibir la noticia de la firma de los Acuerdos de Paz en enero de 1992, que abrían un camino de esperanza en busca de la reconciliación tan esperada y necesaria en el país.

Mi encuentro con la historia de El Salvador fue un encuentro de renovación, de cambio inesperado. Al profundizar con interés en su historia, en las vidas de sus gentes, y al entrar en la profundidad del mensaje de tantos de sus mártires comencé a experimentar una sensación de estupor, de asombro por tanto amor derramado, por tanta sangre inocente vertida, pero también por tanta sangre nueva, renovada en todas y cada una de las palabras y las acciones de todos y cada uno de los salvadoreños muertos. Mons. Romero puede considerarse el “portavoz” de muchísimos hombres y mujeres salvadoreños que dieron también su vida por la causa más noble y la aspiración más alta a la que cualquier persona puede aspirar: la paz. Tantos años de guerra inútil, tantos años de muertes y torturas injustas, tantos años de políticas y de políticos incorrectos, no han vencido al único poder que es más fuerte que el odio, que el racismo, que la injusticia y que el egoísmo. Éste único poder que es más fuerte que la muerte es el amor, y en El Salvador se daba mucho amor, y también se moría por amor, por amor a los pobres, por estar más cerca de quien lo necesitaba en aquellos momentos, por

intentar asistir al que sufría hambre, frío, dolor o enfermedad. El Salvador es una gran tierra del amor de Dios.

Este libro intenta humildemente narrar desde la sencillez una historia de amor, una historia intensa que aún no ha terminado y que debe seguir escribiéndose con letras de oro. No tengo más intención que ofrecer y compartir la explicación de esa historia que tanto me llamó la atención y que quise conocer mejor.

Esta breve historia que quiero compartir acaba su relación en 1995, año en el que empecé a investigar sobre su historia, pero que continúa aún hoy en la paz y en la democracia mientras se publica este texto.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que han hecho posible que esta pequeña y humilde historia se haya escrito con paciencia, con respeto y, sobre todo, con mucho amor, y a todos los que han posibilitado que vea la luz y pueda ser conocida por otros.

Gracias, en primer lugar, a todos mis amigos de la Comunidad de Sant'Egidio, que fueron quienes me acercaron a la figura y el mensaje de Óscar Arnulfo Romero y, por ende, conocer la historia de este maravilloso país.

Gracias a mi familia por permitírmelo todo esperando nada a cambio.

Gracias a Marga, mi mujer, por tantos momentos que he sacrificado de estar con ella para atender esta historia.

Gracias a todos los que han revisado el texto y han aportado sus interesantes comentarios.

Gracias a la editorial _____, que ha acogido bien el texto y ha querido sacarlo a la luz para que pueda ser leído por otros.

Gracias a todos los salvadoreños y salvadoreñas por tantas energías de bien y de amor que me han transmitido mientras seguían con mucho atención e interés su increíble historia.

0. INTRODUCCIÓN

LOS SALVADOREÑOS

*“Los que ampliaron el Canal de Panamá,
los que se pudrieron en las cárceles de Guatemala,
los siempre sospechosos de todo,
los reyes de la página roja,
los que nunca sabe nadie de dónde son,
los que fueron cosidos a balazos al cruzar la frontera,
los arrimados, los mendigos, los marihuaneros,
los guanacos hijos de la gran puta,
los eternos indocumentados,
los hacelotodo, los vendelotodo, los comelotodo,
los primeros en sacar el cuchillo,
los tristes más tristes del mundo,
mis compatriotas,
mis hermanos”*

(Dalton, Roque, Las historias prohibidas de Pulgarcito, Siglo XXI, México, 1974)

La historia de El Salvador, “el pulgarcito de América”, como escribió Gabriela Mistral, al igual que ocurre en la mayoría de los países latinoamericanos, es una historia triste, dura, regida por gobiernos militares surgidos de golpes de estado y acentuada por represiones brutales contra la población.

Antes de empezar a narrar la historia de este martirizado país conviene tener en cuenta lo siguiente:

- El Salvador es el país más densamente poblado del área. La mayoría de sus pobladores trabajan y subtrabajan para sobrevivir¹.
- Existe una emigración constante hacia las ciudades y hacia otros países del entorno en busca de trabajo y de mejor calidad de vida².
- Permanente litigio fronterizo con Honduras.
- Tráfico constante de mercancías desde Guatemala.

¹ La población de El Salvador en el año 1995 era de 5.668.605 personas. Su densidad demográfica era de 278,4. La población que vivía en zonas urbanas representaba el 45,3 % del total, mientras que los que habitaban en áreas rurales aún representaba el 54,7 %. Los últimos datos demográficos disponibles indican que El Salvador cuenta con _____ habitantes y su densidad es _____. La población en áreas urbanas representa ya el _____ del total.

² Según el censo de 1992, el número total de migrantes en el periodo 1978-1991 fue de 802.411.

- El Salvador es fiel al esquema latinoamericano en su concentración de la tierra y la riqueza en manos de unos pocos privilegiados: las llamadas “catorce familias”.
- En El Salvador, el estado-ciudad se desarrolló más lentamente que en Guatemala³.
- En política, El Salvador ha reflejado generalmente los ánimos cambiantes de Guatemala. Las personalidades han sido más influyentes que las ideas. Los presidentes llegan y se van, arden fugaces guerras civiles y el esquema general son las dictaduras (militares) moderadas.
- El Salvador tiene una fuerte herencia de inestabilidad social provocada por una rígida estructura clasista, una desigual distribución de la riqueza y un alto desempleo (más del 20 % como media).
- La Iglesia en El Salvador ha sido un claro aliado de los distintos gobiernos hasta la década de los 60.⁴

³ Esto se debió al hecho de que los militares y la élite económica tradicional trataron de ralentizar el proceso de politización, debido a su temor al populismo de inspiración comunista que había estallado en el levantamiento de 1937. En realidad, la política salvadoreña no se puede entender en absoluto si no se toma conciencia del hecho de que el temor de las élites al populismo radicalizado fue mayor allí que en ningún otro país centroamericano. Esto hizo que las élites, los militares y amplios segmentos de las clases medias optaron por lo que podría llamarse una “síntesis desarrollista”, constituida sobre tres principios: el desarrollo económico (industrialización); reforma social y política para satisfacer las demandas de la clase media y gobierno de coalición formado por los militares, las élites económicas y los tecnócratas de la clase media, con los militares como autoridad máxima y una cierta oposición política controlada.

⁴ Su apoyo se hizo manifiesto con organizaciones como los Caballeros de Cristo Rey, que estaba formada por campesinos articulados con los reservistas, organizados por el gobierno en patrullas cantonales. Éste fue el germen de la ORDEN (Organización Democrática Nacionalista), un organismo paramilitar creado en la década de los 60 y cuyo Comandante General era el Presidente de la República.

1. RESUMEN DE LA HISTORIA DE EL SALVADOR

1.1. DATOS BÁSICOS (1995)⁵

Capital: San Salvador

Superficie: 21.040 km²

Población: 5.668.605 habitantes

Densidad: 278,4 hab./km²

Crecimiento anual: 2,2 %

Índice de Desarrollo Humano: 0,604

Índice de Fecundidad: 4

Mortalidad infantil: 46 ‰

Esperanza de vida: 66,4 años

Población urbana: 45,3 %

Analfabetismo (hombres): 26,5 %

(mujeres): 30,2 %

Población activa: 41%

Mujeres en población activa: 35 %

PIB por habitante: 2.610\$

Deuda exterior total: 2.583.000.000\$

Índice de inflación: 7,4

Gastos en educación: 2,2 % del PNB

Gastos en defensa: 0,9 % del PNB

1.2. EL SALVADOR: NACIMIENTO, CONQUISTA E INDEPENDENCIA

El antiguo territorio de Cuzcatlán (“tierra de las cosas preciosas”) fue tierra de saqueos y exterminio de la población indígena durante la dominación colonial española hasta que en 1821, después de un largo y difícil período de independencia⁶, animado en su mayor parte por los criollos y terratenientes españoles afincados en la tierra, se logra

⁵ Los datos referidos se han extraído de las siguientes fuentes: *El Estado del Mundo*, años 1995 y 1998 y *Anuario Cidob*, año 1995.

⁶ En 1811 estallaron los primeros motines nacionalistas antiespañoles, encabezados por José Martínez Delgado. De nuevo se produjeron en 1814 comandados por J.M. Arce y Manuel Rodríguez. Guatemala proclamó su independencia en 1821. Hasta 1841, El Salvador rechazó la propuesta de anexionarse con el imperio mexicano de Iturbide y en 1823 entró a formar parte de la Federación de las Provincias Unidas de América Central (Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Guatemala, El Salvador), cuyo primer presidente fue

la independencia del país, que culmina en 1841 con la creación de la República salvadoreña, cuyo primer presidente fue Juan Lindo. A partir de entonces, el poder estuvo en manos de una oligarquía mientras que la población estaba condenada al hacinamiento y al desempleo, a la desnutrición crónica y al analfabetismo. Este sistema oligárquico-republicano, conocido por el nombre de “las catorce familias”⁷, llega hasta 1931, año crucial para la historia de El Salvador, tras un periodo de relativa “democratización” durante Romero Bosque (1927-1931), que favoreció a los obreros y a los artesanos urbanos.

En diciembre de 1931 se produce un golpe de Estado dirigido por militares que llevan al poder al general Maximiliano Hernández, en parte cediendo a presiones estadounidenses. Su régimen fue personalista, incompetente y atrasado para muchos oficiales, por lo menos comparado con lo que ellos pensaban que ocurría en México, un país que a menudo ha sido usado como referencia por los oficiales salvadoreños para apreciar el progreso o decadencia de su país. El dictador favoreció a las clases más adineradas, ejerciendo una represión brutal y feroz contra los pobres y los campesinos, que trataban de organizarse y defenderse como podían. Algunos testimonios hablaron de 30.000 víctimas, una cifra espeluznante para aquella época, pues representaba el 2,5 % de la población.

Muchos son los que hablaron de esa represión. Sus palabras son un valioso comentario de ese trágico momento: “*Todas las noches salían camiones cargados de víctimas de la D.G.P. hacia las riberas del río Acelhuate, donde eran fusilados y enterrados en grandes zanjas abiertas de antemano*”⁸.

el liberal Arce. Desde la independencia el país se caracterizó por sus continuas luchas con Guatemala en los años 1844, 1863, 1885 y 1906.

⁷ Son catorce familias dueñas del café y del algodón, vinculadas al grupo político ARENA (de extrema derecha), cuyo máximo líder fue Roberto D’Abuissou, famoso por su control y dirección sobre los “escuadrones de la muerte”.

⁸ VV.AA., *El Salvador: la larga marcha de un pueblo (1932-1982)*, Editorial Revolución, Madrid, 1982, pág. 54

Otros comentaban la inexistencia de la compasión, haciendo hincapié en que ninguno estaba a salvo de una muerte casi segura: *“La matanza era horrorosa: no se escaparon ni niños ni mujeres ni ancianos; en Juayúa se ordenó que se presentaran al Cabildo Municipal todos los hombres honrados que no fueran comunistas para darles un salvoconducto y, cuando la plaza pública estaba repleta de hombres, niños y mujeres, taparon las calles de salida y ametrallaron a aquella multitud inocente, no dejando vivos ni a los pobres perros que siguen fielmente a sus amos indígenas”*⁹.

Aquel año y aquella matanza marcaron sin duda el futuro del país, abriendo camino a una serie de gobiernos represores que no respetaban ni lo más fundamental: *“Desde aquel año maldito todos somos otros hombres y creo que desde entonces El Salvador es otro país. El Salvador es hoy, ante todo, hechura de aquella barbarie. Todo lo demás son colochos, adornos, caramelos para babosear al pueblo. Puede que haya cambiado el estilo de los gobernantes, pero el modo de pensar básico que aún nos gobierna es el de los masacradores de 1932”*¹⁰.

El Salvador sufrió aquel año maldito su particular vía crucis, llenando de dolor y lamento los pueblos y las ciudades, llenando de angustia y tristeza las vidas de muchos salvadoreños: *“El drama del 32 es para El Salvador lo que fue la barbarie nazi para Europa, la barbarie norteamericana en Vietnam, un fenómeno que cambió por completo, en sentido negativo, la faz de una nación”*¹¹.

¿Pero por qué y para qué tanto dolor y sufrimiento? A veces no se entiende que sea necesario recurrir a métodos tan atroces para conseguir un objetivo. En el caso de El Salvador lo que se pretendía con la represión era implantar un régimen de terror, que la población permaneciera miedosa y fuera más fácilmente manipulable: *“Ese gran crimen*

⁹ *Ibd.*, pág. 55

¹⁰ Palabras de Miguel Mármol, dirigente y cofundador del Partido Comunista de El Salvador. Citado en Dalton, R., *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, EDUCA, San José de Costa Rica, 1932.

se hizo para traumatizar y mutilar al pueblo salvadoreño para un largo futuro, para asegurar las condiciones del dominio oligárquico-imperialista en el país, para instaurar una “paz de cementerio” que fuera la base de una férrea dictadura militar como la de Martínez, que por cierto duraría nada menos que trece años. Fue un asesinato colectivo perfectamente planificado, y maquinal y fríamente ejecutado y sus consecuencias fueron determinantes en la historia posterior de nuestro pueblo”¹².

Fue un año para la muerte, un año oscuro en la historia del país, un año del que nadie se iba a olvidar de ninguna manera, porque como decía Roque Dalton, poeta víctima de la persecución y muerto en la clandestinidad en 1975: *“Todos nacimos medio muertos en 1932”¹³.*

El general Martínez fue depuesto en 1944 después de una insurrección militar y una huelga de brazos caídos que logró paralizar la economía nacional. Tras Martínez, los militares siguieron en el poder, gracias en parte al soborno y a la corrupción que mantenía unida a la oficialidad y que impidieron el ascenso al gobierno de Arturo Romero, el hombre querido por el pueblo.

En 1950 hubo elecciones presidenciales y legislativas, resultando vencedor el coronel Osorio, que gobernó seis años de bonanza económica gracias al despilfarro y a la corrupción. Le siguió el también coronel Lemus (1956-1960), que fue objeto de una airada oposición (con intento de asesinato incluido), y que llevó a cabo el aplastamiento de la libertad de expresión, con encarcelamientos de disidentes sin pruebas y sin juicios imparciales.

En octubre de 1960 se produce un nuevo golpe de Estado y se establece una Junta de Gobierno, con tres civiles y tres militares, que prometieron elecciones

¹¹ VV.AA., *op. cit.*, pág. 58

¹² VV.AA., *op. cit.*, pág. 59

¹³ Dalton, Roque, “Todos”, en *Las historias prohibidas de Pulgarcito*, Siglo XXI, México, 1974, pág. 128

generales libres y la alfabetización del pueblo. Un año después toma el poder el Directorio Cívico Militar, que intenta un gobierno militar sin éxito y que, sospechosa de poscastrismo, fue sustituida en 1961 por una Junta Militar encabezada por Aníbal Portillo. Estados Unidos reconoció al nuevo gobierno, que a su vez rompe relaciones diplomáticas con Cuba. Se crea el P.C.N. (Partido de Conciliación Nacional), que se convierte en el partido monopolizador del poder hasta la actualidad.

Tras los fraudes electorales de los años 1962 y 1967, que dan sendas victorias a los candidatos militares (Adalberto Rivera y Fidel Sánchez Hernández), y que no traen ninguna consecuencia positiva para la población (mayoritariamente agraria), en 1969 se produce un hecho importante: la guerra contra Honduras o la también llamada “*guerra del fútbol*” que, a grandes rasgos, enfrentó a las burguesías de ambos países por el comercio de los productos salvadoreños. Honduras hace una campaña contra éstos, se niega a renovar el tratado migratorio, congela el capital salvadoreño invertido en Honduras y se aprueba una Ley de Reforma Agraria que pretende la creación de un mercado interior, circunstancia que provoca la expulsión de cientos de miles de salvadoreños huidos de la represión de 1932. Pero el efecto más importante fue en el plano político, pues gracias a la fuerte recuperación de su burguesía y a las exportaciones de manufacturas y semimanufacturas, tradicionalmente absorbidas por el mercado hondureño, se presenta la solución a la gravísima crisis política, en parte debido al retorno de los inmigrantes a las ciudades, que organizan protestas y manifestaciones contra la política del gobierno, que resuelve nuevamente la situación con la represión y la matanza de más salvadoreños, siendo otra muestra más de la terrible represión que ejercían los gobiernos militares contra la población.

Desde 1970 se fue dando un proceso de cierre progresivo de las posibilidades de acción política. En 1972, las elecciones fraudulentas dan por victorioso al coronel

Armando Molina, que inicia una persecución contra los partidos políticos, las organizaciones populares y todo lo que fuera en contra del régimen. El pueblo salvadoreño responde con el alzamiento de la Juventud Militar, que hace necesaria la intervención de las fuerzas aéreas de Nicaragua y Guatemala para su disolución.

Hasta 1974, el cuadro político de El Salvador se compone de tres partes bien diferenciadas:

- a) el régimen, expresado en el P.C.N.;
- b) la izquierda y el centro, que forman la U.N.O. (Unión Nacional Opositora) y
- c) el E.R.P. (Ejército Revolucionario del Pueblo), las F.P.L. (Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí) y la R.N. (Resistencia Nacional), que son subgrupos que se han dividido o alejado de las primeras concepciones de los grandes partidos.

En las elecciones de 1974 vuelve a ganar la U.N.O.; en septiembre nace el F.A.P.U. (Frente de Acción Popular Unificada) como respuesta al cierre político y a la brutalidad policial, y en julio de 1975 se crea el B.P.R. (Bloque Popular Revolucionario), un grupo nuevo que luchará contra la injusticia y la opresión del régimen militar.

El año 1977 se presenta como uno más, pero las circunstancias le van a hacer especial. En febrero de ese mismo año hay elecciones ganadas por la U.N.O., que tenía como candidato a Claramount, pero sin el consentimiento del grupo opositor. Las consecuencias de este hecho obligan a los partidarios de la U.N.O. a refugiarse en el parque Libertad y en la iglesia de El Rosario, ésta última desalojada por la fuerza más tarde y causando un número indeterminado de muertos, heridos y detenidos. A raíz de ese momento se constituyen las Ligas Populares 28 de febrero (así llamadas en recuerdo

del terrible acontecimiento), que es la respuesta del pueblo ante la continua represión y el fraude electoral que les sumerge en una inestabilidad constante.

En 1979 el asesinato y el terrorismo, tanto por parte del gobierno como de los que buscaban derribarlo, fueron el pan de cada día, y el estado preinsurreccional obliga a EE.UU. a intentar una vía reformista, iniciada por la victoria sandinista de julio en Nicaragua y por el régimen del general Humberto Romero (1977-1979), que mostraba una incapacidad sólo superable por el rechazo de su política represiva.

La acción del gobierno se situó en tres frentes:

- restaurar la normalidad, eliminando a los grupos paramilitares;
- liberar o explicar la situación de los presos políticos y de los centenares de desaparecidos, y
- diseñar un plan de reformas por petición popular.

No hubo ni depuración en los cuerpos represivos ni tampoco explicación sobre los desaparecidos. En enero y febrero de 1980 los “escuadrones de la muerte” actuaban con total libertad, empezando una nueva ola represiva que culminaría con el asesinato de Mons. Romero, que para muchos jugó un papel trágicamente crítico en la polarización de la sociedad salvadoreña y para otros fue el que inició el camino hacia el cambio. Pero todo no acabó ahí, ya que la represión se abatió sobre las organizaciones populares en las áreas urbanas, eliminando toda forma de oposición política. Todos los dirigentes del F.P.R. fueron secuestrados y asesinados en noviembre. Para entonces, las fuerzas guerrilleras se habían replegado a las zonas rurales, formando un mando militar unificado: el F.M.L.N. (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional). El ejército contaba con una creciente asistencia militar norteamericana, mientras que la Democracia Cristiana ensayaba desde el gobierno la fórmula “reformas más represión”.

La década de los 80 significa en El Salvador una continuación, en muchos aspectos, de la política represiva de años anteriores. En abril se inicia una guerra civil, presentada como una guerra entre “la gente” y el gobierno, que se hace interminable a causa de los militares, pues se negaban a negociar con los rebeldes marxistas. Las tácticas soviética y cubana desde la primavera de 1980 estuvieron dirigidas a la transformación del numéricamente pequeño P.C.E.S. (Partido Comunista de El Salvador) en una fuerza directriz de la lucha guerrillera en todo el país.

Fueron diecisiete años de guerra, de represión, de hambre y de dolor. Toda una generación de salvadoreños en contra de un poder oligárquico cuyo brazo armado había sido adoctrinado en la Escuela de Dictadores de Georgia (EE.UU.) y financiado desde Washington.

La guerra civil que sufrió El Salvador es la respuesta a una situación de “*dictadura opresiva inhumana contra la población*”, sobre todo contra obreros, campesinos y pobres. Una guerra con la que se intentaba protestar, por parte de los dos bandos (Gobierno y guerrilla), en la búsqueda de los propios intereses: para los ricos, el control de la población, es decir, su mantenimiento en el poder; y para los pobres, la lucha contra las injusticias más crueles, que denunciadas en silencio, no fueron atendidas. Una guerra que se cobró muchas vidas allá donde se produjo: San Salvador, San Miguel, Chalatenango, San Vicente, La Unión, Sonsonate, La Paz... lugares donde la gente moría asesinada, muchos sin saber por qué. Los soldados sólo disparaban. Los asesinatos suicidas se cuentan por miles y aquellos que ejecutaban la decisión no atendían a ningún tipo de juicio ni derecho, matando sin diferenciar a hombres, mujeres, niños o ancianos. Según los estudios realizados, las cifras oficiales (que se hayan podido verificar) de muertos en los años de guerra son de varias decenas de miles, aunque

seguramente fueron muchos más, debido al sin número de casos imposibles de comprobar¹⁴.

Los testimonios que a continuación ofrecemos relatan las crueles matanzas a las que se vio sometida la población (campesina en su mayoría) y que hablan por sí solas, convirtiéndose en la mejor demostración del horror y la desesperación de un pueblo impotente ante un gigante muy poderoso, ante el que muy poco o prácticamente nada podían hacer:

“El Ejército y la Guardia salvadoreños comienzan a perseguir masivamente a campesinos residentes en las poblaciones ubicadas al norte del departamento de Chalatenango (a 80 km. al norte de la capital). Cientos de campesinos junto a sus familias se refugian en las riberas del río Sumpul. Dos helicópteros de la Fuerza Aérea Salvadoreña, equipados con ametralladoras automáticas, soldados y agentes de la guardia salvadoreña disparan contra los campesinos refugiados en el río. Mujeres torturadas antes del tiro de gracia, niños de pecho lanzados al aire para hacer blanco, fueron algunas escenas de esta horrible matanza criminal. Los campesinos salvadoreños que pasaban el río eran devueltos por los soldados hondureños para la masacre. Al caer la tarde cesó el genocidio dejando un saldo mínimo de 600 cadáveres”¹⁵.

“Por lo menos 1.000 agentes de la Guardia Nacional, del Ejército y de la organización paramilitar ORDEN, protegidos por dos helicópteros artillados y vehículos (tanquetas militares), invadieron las poblaciones colindantes campesinas “El

¹⁴ Según Benjamín Cuéllar Martínez: “Tras lo acontecido entre 1979 y 1982, dentro y fuera del país se habla de más de 75.000 ejecuciones extrajudiciales entre la población civil no combatiente y de una cifra superior a las 8.000 personas desaparecidas de manera forzada, dentro de las que se tienen que considerar cientos de niñas y niños, algunos de los cuales han sido encontrados años después en otros países a los que fueron a parar vendidos por los militares. Del conjunto de la reciente tragedia salvadoreña, eso fue lo más terrible; pero también se deben considerar el millón -¿o más?- de compatriotas que migraron en condición de refugiados e indocumentados”, en **El Salvador: de genocidio en genocidio**, consultado en www.nyu.edu/gsas/program/latin/Cuellar.pdf

¹⁵ VV.AA., *op. cit.*, pág. 176

Campanario, San Benito, Angulo, Llano Grande, El Obrajuelo, Las Lomas, La Joya, La Pita, Santa Amalia”, todas de la jurisdicción departamental de San Vicente (66 km. al oriente de la capital). Varios testigos presenciales declararon que desde los helicópteros lanzaron granadas a las casas de los campesinos disparándoles constantes ráfagas de ametralladoras”¹⁶.

“ Treinta y un miembros de la familia campesina Mojica Santos, residentes todos en el cantón “Mogotes” de San Pablo Talachico, fueron fusilados por miembros de la organización paramilitar ORDEN. Abrazados a sus madres fueron asesinados quince niños, todos menores de diez años de edad. Ese día el Ejército Nacional y agentes de la Guardia Nacional ocuparon la población e iniciaron un saqueo de viviendas campesinas”¹⁷.

El pueblo veía que las elecciones celebradas en 1982, 1984 y 1985 no conseguían otra cosa sino radicalizar con mayor violencia a muchos de los grupos guerrilleros que vivían en la selva tropical, con soldados menores de 20 años y que según decían: “*Su no-futuro “les afirma como valor y presente”*”. Sus características más destacadas eran la inmediatez, pues creían y aceptaban el que pudieran morir en cualquier momento o situación, la buena planificación y la habilidad en cuestiones políticas. Los guerrilleros se agrupaban en torno al F.M.L.N.-F.D.R., que estaba a su vez agrupado en torno a cinco organizaciones político-militares, de origen distinto pero de actuación conjunta (F.P.L., E.R.P., F.A.L., P.R.T.C. y R.N.) y mucha gente que hacía la guerra por la liberación de su país.

¿Y qué opinaba la población que vivía diariamente en esta situación? Muchos de ellos expresaban su deseo de paz, de que acabaran las injusticias y de que cesara la

¹⁶ VV.AA., *op. cit.*, pág. 174

¹⁷ VV.AA., *op. cit.*, pág. 179

represión, que se pusiera fin a ese régimen de terror en el que estaban inmersos, deseos que también quería alcanzar y poder ver con sus propios ojos Mons. Romero:

“Este país ha sufrido un reventón, como cualquiera de nuestros volcanes. Los guerrilleros entran y actúan en las ciudades. Los helicópteros americanos llegan en segundos a las retaguardias guerrilleras de Chalatenango y Morazán. Cada día hay más movimiento militar, más sabotaje económico, más conocidos que mueren, más americanos, más dolor. Cada día es más doloroso vivir en este maldito país”¹⁸.

“Yo ya no tengo hijos y mi compañera está en otro frente. Pasado mañana puedo estar de guerrillero urbano. Demasiado cansancio acumulado, eso lo notará en todos los rostros. Una guerra de larga duración que ganaremos por “necios”. La dignidad de nuestro pueblo es la única pasión que nos queda y ganaremos”¹⁹.

“Lo que sí quiero decir: que el objetivo de llamar la atención sobre la represión y de tratar de frenarla es un objetivo legítimo e importante, y lo estamos gritando al gobierno: que tiene que cesar la represión”²⁰.

“(…) La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la Ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirve las reformas si van teñidas con tanta sangre... En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben al cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡CESE LA REPRESIÓN!”²¹.

En cuanto a la ayuda norteamericana, imprescindible durante el transcurso de la guerra para la desestabilización de la balanza a favor de uno u otro lado (en este caso el

¹⁸ Testimonio de una comerciante de ultramarinos.

¹⁹ Testimonio de F. Guardado, de 31 años, comandante del F.M.L.N.

²⁰ Palabras de Mons. Romero en su homilía del 16 de marzo de 1980, tomadas en la página web: www.romero.es.

²¹ Palabras de la homilía de Mons. Romero del día 23 de marzo de 1980, un día antes de su asesinato mientras celebraba la Eucaristía, en *Ecclesia*, nº 2728, marzo de 1995, pág. 17.

del gobierno), cabe decir que la progresiva y pausada aplicación del método contrainsurgente²² y la “contención activa” del gobierno sandinista, después de la victoria de 1979, llevaron a que el gobierno estadounidense difundiera una imagen positiva del gobierno salvadoreño, muy útil para la aplicación a todos sus niveles del método contrainsurgente, basado en una serie de operaciones psicológicas para cambiar la conducta y la percepción de la población y de los insurgentes sobre la guerra y las operaciones militares²³, por lo cual, la propaganda²⁴ fue uno de los instrumentos fundamentales, también en la resolución de los asuntos civiles: prevención de la interferencia del sector civil en operaciones militares; apoyo a funciones gubernamentales; acción cívica militar²⁵ y control de la población y recursos.

Según Joaquín Villalobos “*se ha pasado de una primera fase de “genocidio necesario” (1979-1981), que dejaba libertad al ejército para la ejecución de asesinatos*

²² La contrainsurgencia al estilo americano consistía en: acción continua en los frentes económico y social; desarrollo de dos tipos de fuerza militar: la milicia popular en todo el país y fuerzas regulares bien equipadas y entrenadas, y gran movilidad en el aire y en tierra para el constante patrullaje y la ayuda a posiciones fijas atacadas.

²³ De manera similar a las experiencias de Vietnam y Guatemala, en El Salvador los dos ejes para el proyecto de controlar a la población han sido su incorporación a las tareas de defensa y su desplazamiento de las zonas de control del F.M.L.N. o en disputa.

²⁴ En el ámbito rural se detienen líderes campesinos con el objeto de mostrarles vídeos propagandísticos: “*En el pueblo de Sessori, departamento de San Miguel, en enero de este año (1985), miembros del batallón Arce, que fue entrenado por expertos estadounidenses, arrestaron a 50 campesinos sospechosos de tener vínculos con la guerrilla. Éstos no desaparecieron ni fueron torturados. Fueron trasladados a las instalaciones del batallón. Allí los interrogaron “amablemente” por un autoproclamado “doctor” que no era otra cosa que uno de los expertos en acción psicológica. Recibieron atención médica de los militares y fueron bien alimentados. Después les mostraron una serie de vídeos sobre la guerra, películas cuidadosamente elaboradas por compañías subcontratistas del Pentágono. Por supuesto los 50 campesinos vieron una excelente película, donde el ejército hace el papel de los buenos y la guerrilla el de los malos. La “conspiración soviético-cubana” también está graficada con imágenes atractivas que presagian una catástrofe, con música trágica cuando se menciona a Cuba, etc. Se les explica que la guerrilla sólo forma parte de la conspiración internacional por tomarse el poder y cómo ya lo hicieron en Nicaragua. El comunismo ateo, y aparece el Papa durante una visita a Managua cuando el pueblo le gritaba sus consignas como prueba de ello. Otro vídeo era un documental sobre la vida de la comandante Mélida Montes, de las F.P.L. Y así hasta que los campesinos de Sessori fueron liberados*”, en Bermúdez, L., **Guerra de baja intensidad: Reagan contra Centroamérica**, Siglo XXI, 1987, págs. 150-151.

²⁵ “*En Chalatenango se está adelantando un programa mucho más modesto, donde sólo se reparten cuadernillos a los niños, se distribuye propaganda oficial y se dan charlas. Se explota mucho el sentimiento religioso, asociando por ejemplo la imagen del ejército a la de la iglesia. Los regalos para los niños se reparten en las puertas de las iglesias, mientras una música con ritmo popular repite versos llamando a la “hermandad de todos los hombres”, hasta que de pronto la letra empieza a lamentarse de los ataques de la guerrilla contra “hermanos de la familia salvadoreña” y luego llama a los hermanos*

de figuras prominentes como monseñor Romero, de dirigentes del F.D.R., de las monjas norteamericanas, del rector de la Universidad Mario Zamora, y que fomentaba el exilio de decenas de oficiales del ejército y de dirigentes democráticos, así como la represión despiadada contra el movimiento popular, a una fase de “genocidio encubierto”. Esta fase estaría caracterizada por la represión a gran escala, expresada en bombardeos directos con fines de terror y despoblación, desalojo masivo de la población en zonas conflictivas, asesinato y desaparición de dirigentes del movimiento popular y revolucionario, aplicación sistemática de tortura a los presos políticos, amplia actividad de los cuerpos de seguridad bajo el nombre de escuadrones de la muerte, y un incremento acelerado de los presos políticos (...)”²⁶.

Por otra parte, en EE.UU. los militares daban ciertas muestras de resentimiento y de impotencia. En palabras del coronel John D. Waghelstein, ex jefe del grupo militar asesor norteamericano en El Salvador: *“Los EE.UU. por sí solos no pueden resolver el problema de El Salvador. Nosotros podemos proporcionar la asistencia económica y militar necesaria para permitir que los salvadoreños encuentren sus propias soluciones (...) La lección de Venezuela da un ejemplo de que con cuidadosa aplicación y asesoría, entrenamiento y material, la contrainsurgencia puede llegar a tener éxito”²⁷.*

Muchos salvadoreños protestaron, en las medidas de sus posibilidades, contra la ayuda estadounidense de material bélico y humanitario, dispensada al gobierno para la ejecución de su programa político de exterminio de elementos molestos para el régimen. Entre estos testimonios de protesta sobresale aquel del considerado defensor de los pobres, Óscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador, que llegó a escribir una carta al presidente Carter en la que exponía su total oposición a la ayuda enviada: *“Me*

“a unirse con las gloriosas fuerzas armadas” para salvar al pueblo del ateísmo comunista”, en Bermúdez, op. cit., pág. 151.

²⁶ En Villalobos, J. “El estado actual de la guerra y sus perspectivas”, en *Estudios Centroamericanos*, nº 449, El Salvador, marzo 1986

preocupa bastante la noticia de que el Gobierno de Estados Unidos esté estudiando la manera de favorecer la carrera armamentista de El Salvador enviando equipos militares y asesores para “entrenar a tres batallones salvadoreños en logística, comunicaciones e inteligencia”. En caso de ser cierta esta información periodística, la contribución de su Gobierno en lugar de favorecer una mayor justicia y paz en El Salvador agudizará sin duda la injusticia y la represión en contra del pueblo organizado que muchas veces ha estado luchando para que se respeten sus derechos más fundamentales”²⁸.

A nivel político, entre las elecciones más destacadas de la década destacan las siguientes:

- Elecciones generales de marzo de 1982

Objetivos: - recuperar la confianza de las masas y la credibilidad internacional.

- consolidación de las reformas económicas de la Junta.
- lograr la paz y repudiar a la guerrilla.

En el ámbito internacional los objetivos propuestos pasan por la afirmación de la democracia y la ilegitimación del F.M.L.N.-F.D.R. La Democracia Cristiana se consolida como partido mayoritario, pero sin la mayoría absoluta.

- Elecciones presidenciales de marzo de 1984.

Objetivo: un gobierno de ideología centrista que ejecutase con mayor credibilidad la política diseñada por la administración Reagan, que respondía al plan Kissinger para Centroamérica.

Resultados: - mejora de la imagen del país.

- gobierno más homogéneo (centro-derecha).

²⁷ Bermúdez, L., *op. cit.*, pág. 148.

- Debilitamiento del F.M.L.N.-F.D.R., con pérdida de credibilidad internacional.

- Elecciones legislativas de marzo de 1985.

Resultados: - menor asistencia.

- pérdida de votos del P.C.N. y aumento de los de la D.C.
- disminución del poder de A.R.E.N.A.

El F.M.L.N. lanza fuertes ofensivas en 1982 y 1984, que logran la recuperación de posiciones y de armas con una nueva estrategia, consistente en combinar grandes concentraciones de contingentes armados con emboscadas y acciones de hostigamiento de la población en toda la república y atacar los puntos neurálgicos del país.

En 1984 José Napoleón Duarte llegó a la presidencia de El Salvador fuertemente comprometido con Washington. Su gobierno puede caracterizarse por lo siguiente: corrupción y tráfico de armas ilegales; debilitamiento o negociación con el F.M.L.N.; aceptación de los planes de la administración Reagan; descenso de la inflación y del déficit fiscal en los primeros meses; reforma de la banca; crecimiento pausado de la deuda externa; alineamiento de los EE.UU. sobre la política en la región; adscripción al grupo de Tegucigalpa y crítica al plan Arias de paz.

La guerra civil termina formalmente el 16 de enero de 1992 con la firma del acuerdo de paz en Chapultepec (México)²⁹, aunque ya desde 1981 el F.M.L.N. negoció con el gobierno varias propuestas, que no convencieron ni al gobierno ni a los EE.UU. Como dato se puede hacer referencia a una encuesta realizada en 1984, en la que se indicaba que el 80 % de la población consideraba que el diálogo era la única solución para resolver la crisis política en El Salvador, mientras que en 1986 tan solo un 26,2 %

²⁸ De su homilía del 17 de febrero de 1980, citado en: Comisión de Derechos Humanos, *La Iglesia en El Salvador*, Loguez Ediciones, Salamanca, 1982, pág. 89

²⁹ Para consultar más acerca de los Acuerdos de Paz se puede consultar: www.monografias.com o en www.elsalvador.com/noticias/especiales/acuerdosdepaz2002

de los encuestados creían que el diálogo era la mejor solución. Este descenso tan escandaloso podría explicarse por el cierre al diálogo del gobierno, que veía que si dialogaba con los guerrilleros perdía el poder por las presiones a las que iba a estar sometido, sobre todo por parte de EE.UU., que encontró en El Salvador un filón de oro donde ensayar su política de la era Reagan.

Las organizaciones populares aumentaron entre la población, y cada vez era mayor el número de jóvenes que se inscribían en un grupo armado como forma de reivindicación, de protesta y también, en parte, de futuro. Sucedió algo parecido a lo ocurrido en países como Guatemala, Nicaragua o México, donde muchos grupos revolucionarios nacieron al amparo de una situación que sólo pedía la lucha, pues por la vía del diálogo era difícil. Esto se notó en el origen del P.C.N. (Partido de Conciliación Nacional), que surgió según el modelo del P.R.I. mexicano.

Tras la firma de los acuerdos de paz la O.N.U., como hace en todas sus misiones para garantizar la conservación de la paz, envió a El Salvador un contingente de soldados de diversas nacionalidades en el que también participaron soldados españoles expertos en la destrucción de explosivos. El contingente se llamó ONUSAL y entre sus operaciones destacaban la verificación e investigación de posibles violaciones de los derechos humanos; la colaboración en el proceso electoral; el control de los asentamientos de refugiados; la participación en el proceso de transferencia de tierras y el apoyo para la creación de un nuevo sistema de seguridad pública.

La misión de ONUSAL fue un acontecimiento importante en la historia reciente del pueblo salvadoreño, ya que una encuesta del Instituto Interamericano de Derechos Humanos, encargado por la Unión Europea, unos meses después de la paz, revelaba que la mitad de los salvadoreños creían que ONUSAL era el organismo que mejor defendía sus derechos humanos.

Boutros Ghali, secretario general de las Naciones Unidas en 1992, se reafirmaba por su parte en su convencimiento de los avances en el proceso de paz y hacia hincapié en la solidez institucional de país, pero no tomaba en cuenta que desde 1992 la delincuencia había aumentado hasta niveles insospechados, cobrándose, al menos a diario, cinco vidas en la capital y otras tantas en el resto del país³⁰, y que las cárceles no daban abasto para acoger la oleada de condenados, en su mayoría ex policías, ex militares y ex guerrilleros que no lograron reconvertirse e integrarse plenamente a la vida civil.

Otro grave problema era el de las bandas ultraderechistas como “*La sombra negra*”, que llamaban a los enviados de la O.N.U. “*Vacaciones Unidas*”, y que ajusticiaban a presuntos delincuentes con un tiro en la nuca para hacerles irreconocibles en su identificación, poniendo en peligro el difícil equilibrio de un país en el que los barrios elegantes se rodeaban con alambres de espino electrificado y los bancos estaban protegidos por vigilantes armados con rifles automáticos.

Hasta 1995, fecha en la que se termina esta breve relación histórica, cabe asimismo destacar a nivel político que tras Cristiani y su gobierno moderado, el presidente Calderón tuvo que hacer frente a una situación compleja, en la que tres fuerzas sociales luchaban para triunfar: las clases dominantes, agrupadas en partidos de extrema derecha (A.R.E.N.A. en particular), que rechazaba de plano cualquier clase de concesión y pretendían una vuelta al poder; la Democracia Cristiana y un sector del ejército, con apoyo estadounidense, que pretendían combinar reformas más represión, transformando la sociedad derrotando a la guerrilla y suprimiendo cualquier forma de organización popular, y el F.M.L.N., que abogaba por un cambio más radical.

³⁰ Periódico *El País*, 15 de febrero de 1995.

2. EPILOGO

El Salvador, el país de los militares y de la represión brutal, ha conocido muchos momentos oscuros a lo largo de su historia, como el asesinato de mons. Romero y de alguno de sus colaboradores más fieles, o el de muchas matanzas, como las de 1932 o la de la iglesia del Rosario en 1977.

El país estaba cansado después de una ignorada guerra civil, cuyas atrocidades y consecuencias se sienten aún en nuestros días en el pueblo salvadoreño que intenta, poco a poco, recuperarse ante tanto mal; un pueblo que quiere la paz, la vuelta a una normalidad que nunca había conocido y con la que todos soñaban.

Los escuadrones de la muerte, las guerrillas populares y la nueva generación de jóvenes que buscan una alternativa a la política de las armas, siguen llevando las riendas del país más pequeño de América Central, un país pequeño en extensión y quizá en conocimiento de su terrible e indeseada historia.

Conocer la historia de El Salvador es conocer la historia de sus gentes, y las gentes piden paz, piden que no haya nunca más ningún tipo de represión por ningún motivo, que no haya nunca más persecuciones. La historia de El Salvador es una historia llena de amarguras, de heridas difíciles de curar, de tristezas y de hechos inolvidables, pero una historia que sigue adelante, una historia que hoy se construye en paz y para la paz.

3. CRONOLOGÍA HISTÓRICA

1.500 a.C.	Inicio de la civilización en El Salvador.
1.050 d.C.	Asentamiento en el centro y en la parte occidental de los primeros pobladores: Pocomanes, Lencas y Pipiles.
1522	El 31 de mayo el Almirante Andrés Niño desembarca en la Isla Meanguera, el primer territorio salvadoreño visitado por españoles.
1524	En junio Pedro de Alvarado empieza la conquista del territorio de

- Cuzcatlán. Tras 17 días de lucha muchos nativos y españoles mueren, incluido el jefe indígena Atlacatl. Alvarado, derrotado y herido en la cadera izquierda, se retira a Guatemala.
- 1525 En abril, Diego de Alvarado establece la villa de San Salvador.
- 1546 Carlos I concede a San Salvador el título de ciudad.
- 1525-1811 Colonización española.
- 1811 El 5 de noviembre comienza la insurrección salvadoreña contra el colonialismo español tras el repicar de campanas en la Iglesia de la Merced del sacerdote José Matías Delgado.
- 1821 El 15 de septiembre se firma en Guatemala el Acta de Independencia de Centroamérica. Fiesta nacional.
- 1822 Invasión de las tropas mexicanas y anexión al imperio de Iturbide.
- 1824 Se aprueba la Constitución de la Federación de las Provincias Unidas del Centro de América el 12 de junio.
- 1841 Separación de la Federación de las Provincias Unidas. El 18 de febrero se proclama la República de El Salvador y su primera Constitución política.
- 1842 Fracaso del proyecto de república tripartita con Honduras y Nicaragua. Erección de la diócesis de San Salvador.
- 1850 Alianza con Honduras para luchar contra Guatemala.
- 1863 Duro asedio de San Salvador.
- 1886 Primera Constitución que proclama la democracia directa.
- 1907 Firma del Tratado de Paz y Amistad con Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.
- 1931 En diciembre, golpe de Estado. Sube al poder el general Maximiliano Hernández Martínez.
- 1931-1944 Sucesión de golpes de estado militares. En 1932 se sofoca el levantamiento civil mediante la fuerza y la represión. Masacre de 30.000 campesinos.
- 1944 Huelga general de brazos caídos. Deposición de Martínez. En diciembre intento de insurrección popular. Represión estudiantil.
- 1945 Golpe de Estado del general Castañeda Castro.
- 1948 Golpe de Estado del general Osorio.

- 1960 El 26 de octubre se destituye al presidente José María Lemus. Una Junta cívico-militar le sustituye en el gobierno.
- 1961 El 25 de enero golpe de Estado dirigido por Portillo. Se derroca a la Junta. Se establece un Directorio cívico-militar.
- 1967-1969 Aparición del Frente de Liberación (ideología ultra-izquierdista) y de la Unión Guerrera Blanca (ultra-derechista).
- 1969 El 15 de junio estalla una guerra con Honduras (“Guerra del fútbol”) por la expulsión de unos once mil salvadoreños residentes en Honduras. El 14 de julio fuerzas salvadoreñas invaden el territorio hondureño. El 30 de julio se aprueba un acuerdo de paz. La guerra deja un saldo de unos 6.000 muertos de ambos bandos y el regreso de unos 80.000 salvadoreños.
- 1970 El 8 de marzo el P.C.N. obtiene la mayoría absoluta en las elecciones.
- 1972 El 20 de febrero se proclama presidente al coronel Arturo Armando Molina.
Las elecciones legislativas de marzo dan victorioso al P.C.N., pero se duda del resultado electoral y se producen disturbios, causando unos 100 muertos y decenas de heridos.
El 25 de marzo intento de golpe de Estado dirigido por el coronel Benjamín Mejía. Fue sofocado.
- 1974-1975 Aumenta la violencia política. Surge un movimiento organizado de guerrillas de izquierda.
- 1975 Nuevo intento de golpe de Estado por Benjamín Mejía. Duarte huye a Honduras.
- 1976 Acuerdo con Honduras para que un jurista de otro país medie en las conversaciones de paz.
- 1977 Se proclama presidente al general Carlos Humberto Romero. Protestas de la oposición. Represión gubernamental en la iglesia del Rosario.
- 1979 En mayo, San Salvador se encuentra en estado de guerra civil. Enfrentamientos entre grupos revolucionarios y policía. Vandalismo. Ataques y asaltos a las legaciones extranjeras.

- El 15 de octubre una Junta Militar derroca a Romero y es enviado al exilio.
- 1980 El 10 de enero tres organizaciones izquierdistas se unen para coordinar acciones contra el gobierno.
- El 6 de marzo la Junta anuncia una Ley de Reforma Agraria muy protestada y criticada por la oposición.
- El 7 de marzo se nacionaliza la Banca Privada Salvadoreña.
- El 24 de marzo es asesinado el arzobispo de San Salvador, Óscar Arnulfo Romero, mientras celebraba la misa.
- El 13 de diciembre se nombra a José Napoleón Duarte, de la U.N.O., Jefe del Estado.
- 1981 En septiembre se forma la A.R.E.N.A. (Alianza Republicana Nacionalista).
- 1982 Elecciones generales en marzo. Se nombra presidente provisional a Alvaro Magaña. Forma gobierno con distintas opciones políticas.
- 1984 Elecciones presidenciales. Gana Duarte en segunda ronda. El 15 de octubre, primer contacto Gobierno-guerrilla en la ciudad de La Palma gracias a la mediación del presidente colombiano Belisario Betencourt.
- 1985 Elecciones municipales. Gana el Partido Demócrata Cristiano.
- 1988 Nuevas elecciones municipales. A.R.E.N.A. obtiene la mayoría. Cambio en la alcaldía de San Salvador, ocupada por la Democracia Cristiana durante más de 20 años.
- 1989 Elecciones presidenciales en marzo. Es elegido el candidato de A.R.E.N.A., Alfredo Félix Cristiani. Ofensiva del F.M.L.N. el 11 de noviembre.
- Asesinato de los padres jesuitas de la U.C.A. junto a dos de sus colaboradoras el 16 de noviembre. Conmoción social en el país.
- 1992 El 16 de enero se firman formalmente los Acuerdos de Paz en la ciudad de Chapultepec (México), poniendo fin a la guerra civil.

4. RELACIÓN DE ANEXOS

4.1. LA DEMOCRACIA CRISTIANA

La Democracia Cristiana es un partido de establecimiento relativamente reciente, aunque ya existían sus gérmenes en Uruguay hacia 1910. Fue el partido con más alta afiliación y con más rápida influencia social de Iberoamérica. Sus raíces son europeas, pero sus líderes han trabajado para adaptarlo al mundo latinoamericano. Cuajó en un continente de sustrato cristiano como una revolución en la libertad, en ruptura con el pasado y con un futuro prometedor gracias a sus cuadros organizativos, convencidos de la necesidad de renovar radicalmente las estructuras políticas y sociales.

Sus lejanos orígenes habría que buscarlos por los años 30 del siglo XX, cuando se consolidaba en algunas repúblicas la Acción Católica. No está de más observar que no ha tenido éxito en Colombia, donde la acción católica especializada adquirió cierto florecimiento en aquellos decenios y sí lo ha tenido en Costa Rica, El Salvador o Venezuela, países que no conocieron un especial relieve de esa acción católica. Su éxito mayor se apunta en Chile, Venezuela, El Salvador y Costa Rica, y éxito relativo en Uruguay, Argentina y Perú. Ha contado con figuras carismáticas como Eduardo Frei en Chile o Rafael Caldera en Venezuela.

La D.C. despertó notable entusiasmo entre la juventud, fundamentalmente de clase alta, pero ha adquirido amplia base popular. Sus programas se entienden en un continente sometido al señorío de la injusticia social e internacional. Sus derrotas electorales en Venezuela y en El Salvador, ocurridas más de una vez, y una especie de hibernación durante la dictadura del general Pinochet en Chile (1973-1990) parecen haberle perjudicado en su popularidad.

4.2. LOS MILITARES EN EL SALVADOR

El origen, educación y desarrollo de los mandos y cuadros militares en El Salvador va estrechamente ligado a la historia del país, un país que a lo largo del siglo XX ha sufrido uno de los períodos más duros de su historia por la ascensión al poder de militares ineptos e incompetentes, dedicados a satisfacer las prioridades de una reducida clase terrateniente, la misma que durante cierto tiempo regió con mano dura los destinos de un país mártir, cuyo camino tortuoso de represión y desolación continuaría con los EE.UU. y su envío de material bélico e ideológico para luchar en contra de los grupos guerrilleros, aquellos que intentaban defender con todos los medios los derechos de las clases más desfavorecidas, las cuales no tenían nada y sólo pedían insistentemente y a gritos un poco de paz en sus vidas, todas ellas marcadas por años de guerra y desolación. Los gobiernos militares sólo pudieron traer consecuencias negativas para la población, más ocupada en luchar por conseguir un pedazo de pan y algo de comida para los suyos que por defender los intereses de la nación, que a su vez era la propaganda más utilizada por el gobierno como el único medio de legitimar su poder. No se puede entender la historia de América Latina sin pararse en los períodos militares, donde la rabia y la furia de algunos, contenida durante años, salta con un ímpetu sorprendente sobre las clases que menos tienen que ver con los conflictos de poder internos. Fruto de esa lucha es el continuo asesinato de mujeres, niños y ancianos, de débiles campesinos que vivían en paz, de trabajadores artesanos que veían cómo su familia era abatida a tiros (en el mejor de los casos) o sufrían las torturas y vejaciones más crueles que se puedan imaginar. Pero cabe hacerse una pregunta: ¿quién dirigió toda esta serie de masacres injustificadas? ¿Quién fue el que movió los hilos? Ante esta pregunta, la respuesta parece ser clara: los EE.UU., pues si ya hemos hecho referencia en momentos anteriores a cuál fue su colaboración con la empresa antiguerrillera es

ahora, en este punto, donde se aprecia mejor la finalidad de su política de contrainsurgencia: la eliminación de todo aquel que pudiera ser un peligro para su concepción de la seguridad y el buen orden cívicos.

Durante los años de las dictaduras militares fueron los EE.UU. quienes con mayor relevancia defendieron tales actuaciones del gobierno salvadoreño, encaminadas a la eliminación de grupos y de líderes guerrilleros. La ayuda de los EE.UU. fue crucial para el desarrollo de políticas de exterminio de la población, de eliminación de personas, de asesinatos sin justificación, de un extraño modo de imponer la propia ley por medio de instrumentos poco pacíficos. Los Estados Unidos siempre estarán detrás de hechos como la formación de la Contra en Nicaragua para luchar contra Daniel Ortega; los desaparecidos en Chile durante la dictadura del general Pinochet; el bloqueo continental a Cuba para hacer cambiar de postura a Fidel Castro; la incursión en la guerra de las Malvinas (Argentina), tras la derrota del general Raúl Alfonsín en 1983, como un aliado de la causa norteamericana en América Latina o las masacres cometidas por el ejército guatemalteco contra comunidades indígenas durante el período del también general Ríos Montt.

Todos estos ejemplos, y muchos más que se podrían citar, nos llevan a la conclusión de que las dictaduras militares en América Latina, y más concretamente en El Salvador, han sido nefastas para la población y para la historia de los diversos países que la componen. Su política se podría resumir en dos palabras: REFORMAS CON REPRESIÓN, es decir, cambios estructurales en los países en los campos económico, político y social, acompañados por una serie de métodos que sirvan como arma para la aceptación del pueblo de nuevos compromisos, reforzados por métodos para la eliminación de aquellos que son un obstáculo en la consecución de los objetivos planteados. Para esta última parte, la de la eliminación de personas molestas para el

régimen, se contará con la ayuda del poderoso EE.UU., que se convertirá en el factor clave para la desestabilización de la balanza a favor de los militares y las clases dirigentes, propietarias de las tierras y verdugos de la gran masa de población campesina, que permanecerá explotada y humillada hasta la saciedad. Y serán los movimientos guerrilleros, únicos defensores de la población oprimida, quienes seguirán luchando aún con más fuerza y denuedo trabajando sin descanso para la consecución de unos objetivos bien concretos, pero no aceptados por parte de los gobiernos.

En este toma y daca constante de pareceres transcurrirá el siglo XX, y las guerras civiles irán proliferando poco a poco mientras los militares no harán nada por evitarlas, permitiendo que la tragedia llegue a los hogares y a las familias de millones de latinoamericanos inocentes.

En El Salvador era la oligarquía la que ejercía el control sobre el ejército, hasta tal punto que muchos de sus miembros retenían los títulos de oficiales de más alto rango durante el siglo XIX, aparte de mantener un control sobre los organismos gubernamentales y sobre las finanzas del país, pues este grupo pagaba a los soldados profesionales y proveía de recursos a las Fuerzas Armadas, que eran una mezcla de influencias tradicionales y modernas, dominadas por los terratenientes hasta 1931, momento en el que los militares pasan a ocupar y dominar la escena política y dejan de depender de los terratenientes para su propia supervivencia. Con el tiempo, muchos de los terratenientes organizaron sus propios “*escuadrones de la muerte*”, que esencialmente se trataban de grupos de mercenarios que asustaban a aquellos campesinos que intentaban sacar provecho del programa gubernamental de reforma agraria.

Desde 1948 las Fuerzas Armadas han gobernado en El Salvador, defendiendo y consolidando sus propios intereses de clase y los de sus aliados. Los continuos golpes

de Estado que se han producido a lo largo del siglo (1948, 1960, 1961, 1972 y 1979) son el reflejo de las divisiones internas entre aquellos oficiales que históricamente ven el desarrollo y la modernización como el objetivo primordial y que sienten una cierta igualación en la sociedad como una necesidad posible e ineludible para lograr un desarrollo estable, y aquellos, sobre todo jóvenes, que ven esta igualación como un objetivo de autojustificación.

La importancia de los militares en las clases altas llega hasta tal punto que muchos de ellos serían esenciales para el desarrollo económico del país (pues eran una importantísima fuente de ingresos en las maltrechas arcas del Estado), y muchos consideraban a las Fuerzas Armadas como un ingrediente imprescindible de la propia vida así como una fuente de protección viable para su bienestar.

Los oficiales más mayores se fueron reintegrando en el funcionamiento del propio sistema, se volvieron más conservadores y se fueron preocupando por las nuevas generaciones, a las que consideraban impacientes y “ciegas” a las ventajas de la reestructuración de la sociedad, aunque los intentos de la formación de alianzas con el resto de los sectores de la población fueron mayoritariamente un fracaso, aislando a los militares en una institución cada vez más revolucionaria. Muchos de los oficiales más emprendedores, con la protección de las leyes de inmunidad legal (que impiden el enjuiciamiento a personas con representación parlamentaria) y política (que impide la investigación) se lanzaron a la aventura empresarial con la formación de empresas tan rentables como la prostitución organizada, el tráfico de narcóticos, el juego ilegal, el contrabando y la venta ilegal de armas, e incluso la comisión de asesinatos por parte de mercenarios pagados. Con este trágico panorama no es difícil extrañarse ante las continuas guerras a todos los niveles, y tampoco es difícil comprender el cansancio del

pueblo salvadoreño, harto ya de tanta manipulación y de las mentiras de aquellos que eran considerados unos depredadores de almas sin escrúpulos.

4.3. LAS ORGANIZACIONES POPULARES

Generalizando, se puede afirmar que las grandes organizaciones populares estaban integradas principalmente por dos grupos mayoritarios: el F.M.L.N. (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) y el F.D.R. (Frente Democrático Revolucionario), además de por una multitud de subgrupos adscritos a estas dos grandes organizaciones, pero podríamos asegurar sin miedo a equivocarnos que es la unión de varios de estos grupos lo que constituye la fuerza popular y no la acción de uno sólo. Como afirma un guerrillero *“la lucha armada en nuestro continente no es una acción contestataria ni antojadiza de pequeños grupos frustrados. Es el resultado de la opresión del pueblo, que no ve otra salida para conquistar su libertad. La lucha armada en El Salvador no sólo es históricamente necesaria, sino que está íntimamente ligada al sentir del pueblo. En esta lucha participan todos, pues todos desean la libertad”*³¹.

Entre todos estos grupos, destaca la Comandancia General y los grupos que integran el F.M.L.N., mayoritariamente de carácter militar y reclutados, en un importante porcentaje, de los elementos más radicales, dedicados a las tareas más violentas: asesinatos, atentados contra líderes políticos, actos de violencia contra empresarios o terratenientes, etc. También destaca el F.D.R., compuesto a su vez de tres grupos: la C.R.M. (Coordinadora Revolucionaria de Masas), el C.U.S.S. (Comité de Unidad Sindical de El Salvador) y el F.D.S. (Frente Democrático Salvadoreño), partidos más moderados, formaciones sindicales y asociaciones de tipo político que se han pasado a la lucha revolucionaria. Son los que realizan las protestas a nivel ciudadano, es

decir, social: manifestaciones, huelgas, pequeños incidentes aislados y algunas acciones armadas. En resumen, se encargan de llamar la atención de la gente y hacen propaganda de su lucha revolucionaria por medio de mítines multitudinarios o la distribución de panfletos con claras alusiones al fin de la violencia por parte del gobierno. Reclaman los derechos fundamentales de la persona y logran adeptos, muchos de ellos jóvenes, para su causa revolucionaria. Muchas de estas manifestaciones terminaron en violenta represión, con la muerte de miles de personas, tan solo por reclamar sus propios derechos y pedir la paz para el país y la paz para las vidas de cada uno.

En El Salvador, al igual que en muchos países de América Latina, el secuestro y la desaparición de los prisioneros políticos era uno de los métodos más usados contra el movimiento revolucionario. Durante mucho tiempo se aplicó una política de exterminio, en la que la mayoría de los capturados eran asesinados de manera brutal, como los casos de Saúl Santiago Contreras y Óscar Gilberto Martínez, mutilados y muertos por la Guardia Nacional en 1968. Con el auge de la lucha armada (principios de los 70) la política anterior cambió y el interrogatorio y la tortura hasta la muerte fueron los métodos más usados. Los casos de Jerónimo Emilio Carranza, muerto por asfixia con una capucha y cuyo cadáver fue luego acribillado a tiros; o el de Vladmir Umaña Santamaría, a quien le cortaron las piernas a balazos y se le dejó morir por la hemorragia, muestran el aumento de la crueldad por parte de los secuestradores, es decir, del gobierno. La necesidad de obtener información por parte de los detenidos obligó a la policía a intentar la incomunicación y el secuestro con la finalidad de desmoralizarlos y hacerlos colaborar. Asimismo es curioso observar cómo la C.R.M. (Coordinadora Revolucionaria de Masas), encargada de llevar el control y distribución de los distintos grupos activos, está formada por grupos que se han formado recordando

³¹ Perales, I. (comp.), *El volcán en guerra*, ed. Revolución, Madrid, 1988.

algún hecho significativo³². Estos son grupos que se han desarrollado gracias al amparo popular. El F.D.S. (Frente Democrático Salvadoreño), por su parte, está formado por movimientos sociales, típicos de las clases medias y medio-bajas (trabajadores, campesinos, comerciantes o estudiantes), que son los que realmente tomaron posiciones activas, destacando la Universidad de El Salvador o la Asociación de Empresarios de Autobuses Salvadoreños (A.E.A.S), que sorprenden por ser grupos minoritarios, de pocos miembros, pero que se incluyen como elementos activos en la lucha popular, que es la de todos, sea cual sea su condición o puesto en la configuración de la sociedad.

Además, la diversidad de los grupos, su origen y formación es la prueba que muestra el carácter multicultural y social de las organizaciones, que encuentran una amplia base en las clases bajas, descontentas con las condiciones en las que viven y que ven en la violencia el único camino para la consecución de mejoras a nivel individual y global.

El cuadro de organizaciones populares es muy similar en todos los países latinoamericanos, formados por asociaciones y movimientos de carácter social y popular, llegando a grandes segmentos de la población, que luego son adoctrinados en la lucha activa contra el poder militar establecido, siempre buscando la mejora en la calidad de vida de los más pobres, de los oprimidos y los desesperados ante tanta muerte sin sentido y tanta destrucción. Por eso muchos jóvenes de corta edad (12-15 años) comienzan a enrolarse en movimientos revolucionarios, bien porque han perdido a sus padres y hermanos y están solos, bien porque no les queda otra solución o porque son reclutados en las innumerables campañas y actos multitudinarios que los diversos grupos realizan y que son la única manera segura para muchos de ellos de sobrevivir, aunque la mayoría de los combatientes tenga un período de vida estimado en 6 meses-

³² Las Ligas Populares 28 de febrero, por ejemplo, nacen en memoria de la masacre cometida por el Ejército en una manifestación contra la represión el 28 de febrero de 1977 y en la que murieron

1 año. Queda por decir que este era sólo un modelo de lucha, pero que cada persona sabía perfectamente de qué parte estaba: si de la del gobierno o la del grupo o grupos que luchaban contra el gobierno. Cada ciudadano salvadoreño tenía muy claro a qué lado del horror y de la violencia quería situarse, y muchos de ellos hacían algo por cambiar la situación de su país. El gran problema en nuestros días es qué ofrecer a los jóvenes, qué modelos de referencia mostrarles a una generación que nació y creció en tiempos de guerra y que sólo ha visto muerte, destrucción, odio, violencia,... Las nuevas generaciones esperan algo que pueda cambiar sus vidas. Muchos de ellos viven una madurez pacífica, pero aún son muchos los que no saben qué hacer con sus vidas.

5. HISTORIA DE LA IGLESIA EN EL SALVADOR

Cabe señalar antes de empezar a conocer la Historia de la Iglesia en El Salvador que la persecución, las torturas y las muertes de religiosos y religiosas, de sacerdotes y de laicos, han acompañado con mucho dolor la historia de sufrimiento de muchos países latinoamericanos. Ser sacerdote, participar en la celebración eucarística o celebrar los sacramentos, o incluso el hecho de tener una Biblia, eran delitos penados con la humillación, con el desprecio, con la tortura o incluso con la muerte. El pueblo de Dios era perseguido, vejado, torturado, menospreciado y asesinado. Todos ellos sufrían su particular Vía Crucis histórico. Pero la muerte de sacerdotes, de religiosos o de laicos no callaba las injusticias cometidas contra el pueblo, es más, las hacían más fuertes, más claras, más universales. La muerte trágica de muchos mártires se renovaba en una resurrección interna, donde muchas comunidades cristianas latinoamericanas encontraban una fuerza débil que les ayudaba a continuar en su camino de esperanza de que las condiciones sociopolíticas de sus países pudieran cambiar, de que cesaran de

inmediato las persecuciones y las muertes y de que el pueblo de Dios salvadoreño pudiera vivir en paz y en libertad.

Todo esto fue bien explicado en un informe publicado por el centro de Estudios y Publicaciones de Perú, que hacía un recorrido por los acontecimientos más significativos contra la Iglesia entre 1977 y 1979. En este informe se afirmaba lo siguiente: “Sin duda alguna, el Pueblo de Dios ha sido el más perseguido y reprimido. El solo hecho de asistir a celebraciones de la Palabra, actos de culto o preparación catequética, el solo hecho de tener fotografías de mártires salvadoreños o de tener la Biblia; el solo hecho de predicar la palabra o ayudar a convocar a la comunidad, ha sido visto muchas veces como subversivo, por lo que se les ha insultado, se les ha golpeado, se les ha capturado, se les ha asesinado y se les ha desaparecido. Son cientos, tal vez miles, de salvadoreños perseguidos por querer encarnar en su vida su fe y su cristianismo.

El pueblo siempre ha sido el más indefenso, el más perseguido, el más reprimido. No es posible contar sus mártires, sus víctimas propicias, sus testigos. Muchas veces se les dirá que se les persigue no por creyentes sino por subversivos, como dijeron de Cristo. El resultado es el mismo: Cristo de nuevo y siempre crucificado en su pueblo, por los que dicen creer en Dios, en la Religión y en el Orden ”.³³

5.1. LA IGLESIA EN HISPANOMÉRICA: INTRODUCCIÓN

El gran mérito reconocido a los constructores de la Iglesia en América debe impartirse imparcialmente entre los numerosos y devotos sacerdotes seculares y las diversas órdenes de monjes y monjas. Destaca durante el período colonial la incansable

³³ Useros, M., *La vida por el pueblo. Cristianos de comunidades populares en América Latina*, ed. Popular, Madrid, 1981, pág. 35

y militante Compañía de Jesús con su gran obra de evangelización. Algunos de sus hechos más destacados son:

- Defensa de los indios. Hacia 1750, sus aldeas en toda Hispanoamérica albergaban a más de 700.000 aborígenes.
- Custodios del saber: se ocuparon de multiplicar las imprentas para la elaboración de libros con los que enseñar a los nativos.
- Constructores de escuelas, colegios y universidades. Difundieron la nueva cultura europea: Descartes, Leibniz o Newton eran los autores de referencia.
- Acumularon tierras, con una gran habilidad para la labranza y el cultivo de todo tipo de alimentos.
- Confianza de la gente por la rígida disciplina de la orden y la austeridad de sus miembros, que obtenían generosas donaciones de los ricos piadosos.
- Organizaron industrias: sus molinos harineros y sus panaderías surtían a las ciudades. Fabricaban cal, sogas, alfarería y textiles, curtían cuero, construían barcos, y por un tiempo ejercieron un virtual monopolio sobre las drogas y medicinas.
- Pelearon en las luchas de los indios contra los extorsivos corregidores, cuando se opusieron a los virreyes y gobernadores y llevaron sus demandas a Madrid y a Roma.
- Malas relaciones con otras órdenes religiosas: capuchinos, dominicos,...
- Disputas con los terratenientes, tanto criollos como españoles, que clamaban por esclavos indios y les molestaba la obstinación y la competencia desleal de los jesuitas.
- Disputas con los reyes, pues ellos seguían la doctrina de la supremacía temporal del Papa, que disgustaba mucho a los reyes, hasta tal punto que

Carlos III, al llegar al trono en 1759, no se mostró dispuesto a tolerar la competencia, a aceptar un estado dentro del Estado ni a permitir demandas por encima de su cabeza al Papa³⁴.

5.2. LA IGLESIA AL FINAL DEL PERÍODO COLONIAL

La iglesia en Hispanoamérica todavía era una empresa próspera en 1800. Diez cardenales y treinta y ocho obispos supervisaban sus actividades. El clero secular guarnecía las iglesias parroquiales en ciudades y poblaciones mayores y había catequistas que instruían a los indios semicivilizados en las aldeas más alejadas. Iglesias y catedrales dominaban el perfil de las ciudades principales. En todas partes había conventos y monasterios.

Teóricamente, las antiguas creencias de los incas y aztecas habían sido desarraigadas. La gran mayoría de los pueblos indígenas habían sido envueltos en la fe y las leyes españolas. Muchos autores criticaron la profundidad de la doctrina enseñada a los indios. Juan y Ulloa, por ejemplo, decía que los llamados conversos generalmente no aprendían más que lo que obtendrían los loros si se les enseñara.

A finales del período colonial la Iglesia se había vuelto demasiado grande, demasiado pesada, demasiado costosa. La multiplicación de edificaciones religiosas

³⁴ Este desagrado de los reyes condujo al final de los jesuitas cuando los gobernantes civiles los denunciaron y los terratenientes se alzaron airados contra ellos. El edicto de expulsión de los jesuitas de 1767 es el culmen de las luchas internas. Su expulsión provocó un profundo resentimiento en muchos católicos devotos y en muchos indígenas. Las aldeas misioneras, transferidas a otras órdenes o a las autoridades civiles, se desintegraron. Sus escuelas, las mejores de América, decayeron rápidamente. Hospitales y casas de caridad quedaron paralizados. Sus tierras pasaron a manos de ricos plantadores y sus industrias languidecieron. Todo ello llevó a un desprestigio de la Iglesia, a una decaída de su figura protectora y a un balance negativo por el cierre al diálogo y al entendimiento de las fuerzas políticas (poseedoras del poder) y las fuerzas sociales (poseedoras del prestigio y la confianza del pueblo). Este miedo de los gobiernos a la obra jesuítica llevó al pueblo, a los indios y a la mayoría de los hispanoamericanos al estancamiento de todo lo que habían conseguido. La incompetencia de los reyes, más preocupados por sí mismos que por sus plebeyos, llevó a la decaída moral, personal, social y económica de los territorios de influencia jesuítica, que dejaron un legado de ayuda y cooperación entre aquellos más desfavorecidos, pero que chocaron contra el muro de las pretensiones de los reyes españoles, más preocupados por lo que podría suceder dentro de su territorio que de lo que sucedía en sus

(iglesias, conventos y monasterios) era excesiva. Ya en 1644 el cabildo de México pidió al rey que pusiera fin a la fundación de nuevos conventos y monasterios. El mantenimiento de todas estas obras corría a cargo de las generosas aportaciones de los fieles y a algunos de los grandes propietarios o señores terratenientes, que veían en la Iglesia un lugar seguro donde invertir sus bienes, con la recompensa espiritual que recibían por la limosna entregada. Pero no podemos asustarnos de este panorama, pues la Iglesia estaba haciendo lo que hacen hoy las iglesias de todas las denominaciones, lo que hacen los colegios, las universidades, los hospitales y las muchas instituciones religiosas: acumular cuantos donativos pueden para proveer a sus diversas causas (educativas, misioneras, caritativas,...).

La apertura del cargo eclesiástico a los criollos y conversos indios fue una gran lucha, ya que los reyes limitaban teóricamente los nombramientos a los nacidos en España. Después de mediados del XVII algunos criollos fueron designados en obispados, pero estas excepciones no tuvieron importancia porque la Iglesia siguió siendo una institución plenamente española en tiempos en los que la gran mayoría de la población a la que servía se consideraba a sí misma americana. Con este panorama de monopolio eclesial español se abrieron las puertas de la conversión indiana, de la labor evangelizadora en este continente y de un largo camino hacia la reconciliación con un pueblo que había visto y sentido la obra de los jesuitas, tan importante y necesaria en aquellos momentos.

A principios del siglo XIX la situación de la iglesia en Hispanoamérica debe enfrentarse a los nuevos retos de una sociedad liberal, de una sociedad independizada en su mayor parte, de una sociedad que realiza nuevas demandas y que quiere olvidar un legado colonial nefasto en muchos casos. Con estas circunstancias se abre el siglo XX

vastas colonias, verdadera fuente de ingresos en las arcas del maltrecho imperio. Con la expulsión de los jesuitas, el Imperio perdió, quizá, su mayor fuerza de cohesión.

con la esperanza de que las cosas marcharan por mejor camino. Los Papas, preocupados durante todo el siglo XIX por la defensa de sus territorios (los Estados Pontificios), van a mostrar su apoyo a los jesuitas como los únicos que realizan la misión de la Iglesia en América, pero cuando las guerras nacionalistas terminan en el último cuarto del siglo XIX (1868 y 1870), los Papas se dedicarán a labores más catequéticas y evangelizadoras. Prueba de ello son las encíclicas “*Rerum Novarum*”, de León XIII (1891) o la celebración del Concilio Vaticano I siendo Papa Pío IX en 1870, que abrían una nueva perspectiva al clero y a la gran masa de católicos: “*La concordia engendra en las cosas hermosura y orden y, al contrario, de una perpetua lucha no puede por menos que resultar la confusión con salvaje ferocidad*”³⁵.

Con este espíritu nuevo, con esta mentalidad nueva, la Iglesia afronta los nuevos tiempos. Ya en 1929, con la firma del Tratado de Letrán entre Mussolini y la Santa Sede, se reconoce al Vaticano como un Estado soberano y de pleno derecho, con lo que las luchas por los límites pontificios terminan. La labor social, iniciada con la “*Rerum Novarum*”, y continuada posteriormente con otras encíclicas como: “*Mater et Magistra*” (Juan XXIII, 1961), “*Populorum Progressio*” (Pablo VI, 1967) o “*Redemptor Hominis*” (Juan Pablo II, 1979), y además una encíclica contra el nacionalsocialismo alemán: “*Mit Brennender Sorge*” (Pío XI, 1937), es la preocupación principal durante el siglo XX, y todos los esfuerzos de la Iglesia van a ir dedicados a la promoción de la justicia y de la libertad y al respeto y cumplimiento de los derechos humanos debido a la influencia del torrente de ideas y movimientos que surgen a lo largo del siglo, la mayor parte de ellos en Europa, y posteriormente exportados a América para su asimilación y adaptación a las circunstancias de cada región.

³⁵ Encíclica *Rerum Novarum*, n° 14, promulgada por León XIII el 15 mayo de 1891. Consultada en: www.caritas.org.ar/download/sum-rerum-novarum.doc

5.3. LA IGLESIA EN EL SALVADOR: ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

El Salvador, a la par que en Guatemala, experimentó una revolución en 1871, justificable en parte por el descontento con el régimen anterior, presidido por Francisco Dueñas (1863-1871), altamente favorable a la Iglesia, y que habría de pagarse con una persecución religiosa en dos etapas: 1872-1876 y 1881-1885. En 1872 la Iglesia florecía en El Salvador, presidida desde 1853 por un viejo, prudente y enérgico prelado, don Miguel Pineda Saldaña, muerto en 1875. Éste sufrió un destierro en 1861 por su oposición pastoral a la exigencia gubernativa de que el clero prestase un juramento incondicional a la Constitución.

La acción social estaba en manos de los capuchinos y de un reducido grupo de jesuitas que trabajaban directamente con el pueblo. Había dos congregaciones de religiosas consagradas a la beneficencia y a la educación de las niñas, preferentemente de las más pobres; circulaba un pequeño periódico religioso, batallador e incisivo: “*La Verdad*”. Las relaciones existentes entre Iglesia-Estado estaban reguladas por el Concordato de 1862, y se había organizado un seminario que, al empezar la hostilidad anticatólica, contaba con 12 seminaristas mayores.

La persecución religiosa fue la combinación de tres factores: el influjo de Guatemala, de la masonería infiltrada en el viejo Gobierno y del viejo liberalismo, introducido tras la llegada del mariscal Santiago González (1871-1876) al poder. Las dificultades empezaron a causa de la reticencia del obispo y del clero a la revolución, aun aceptando al nuevo gobierno.

La Constitución de 1871, de corte laicista y jurisdiccionalista, aunque de tinte confesional, reconocía lo siguiente: “*La religión católica, apostólica y romana es la religión del Estado y el Gobierno la protegerá, pero se tolera el culto público de las sectas cristianas en lo que no ofendan a la moral y al orden público*”. Un año más

tarde, en 1872, el presidente de Guatemala, García Granados, el liberal que había expulsado a los padres jesuitas de su país, visita El Salvador. Las autoridades eclesiásticas, con Mons. Saldaña al frente, se negaron a participar en los homenajes preparados mostrando así su protesta ante el perseguidor de la iglesia guatemalteca.

El tratado Arbizú-Samayoa contemplaba en una de sus cláusulas la expulsión de los jesuitas. Esta posibilidad suscitó la movilización del liberalismo callejero con una larga serie de protestas y movilizaciones contra la política del Gobierno debido a que la Iglesia ayudaba en gran medida a las clases medias y medias-altas. Las cosas no sufrieron cambios en los años siguientes sino que empeoraron: expulsiones de sacerdotes, supresión del periódico "*La Verdad*", destierro de los capuchinos, ruptura del Concordato, secularización de los cementerios y en 1875 expulsión del celoso y joven obispo auxiliar de San Salvador, don José Luis Cárcamo, con algunos sacerdotes del Cabildo catedralicio. Esta expulsión del joven obispo era necesaria y obligatoria por parte del Gobierno al resultarles demasiado incómodo, ya que en sus visitas pastorales despertaba el entusiasmo religioso de la población, celebrando hasta más de 100.000 confirmaciones, muestra de su capacidad de conversión. El gobierno trató de persuadir al Papa Pío IX de que el prelado adolecía de una enfermedad mental con el pretexto de trasladarlo a otra diócesis, pero la Santa Sede se negó. El gobierno se valió de un motín ocurrido en San Miguel en junio de 1875 para proceder al destierro acusando al obispo de ser el secreto causante de la asonada. Éste tomó rumbo en dirección a Nicaragua.

La Iglesia sufría de hostilidad, sarcasmo y violencia en aquellos años, pero el pueblo conocía bastante bien quiénes eran los perseguidores. Monseñor Cárcamo, ya en Nicaragua, consiguió por prescripción canónica gobernar desde Nicaragua a su iglesia de El Salvador. La división del partido liberal, las disensiones de la masonería y las apetencias de Guatemala llevaron al gobierno del nuevo presidente Carlos Andrés Valle

(1876) a permitir el regreso del prelado, que en vez de exigir una reparación por lo sucedido, atendió más a las necesidades espirituales de su pueblo y escribió: “*Si estuviéramos en tiempo de paz, debería yo esperar que el gobierno diera a la Iglesia mejores garantías; pero en tiempo de guerra el pueblo sufrirá inmensas calamidades y debemos ir a aliviarlo y consolarlo. Tal vez pronto nos volverán a expulsar, pero nada valen nuestros personales sufrimientos si logramos evitar algunos a nuestros diocesanos o compartir con ellos los dolores y las desgracias. Baste que no nos cierren las puertas de nuestra diócesis para que volemós a auxiliarla y a favorecerla en cuanto podamos*”³⁶.

A su llegada a El Salvador monseñor Cárcamo recibió el acogimiento triunfal y espontáneo de la población, que mostraba así el claro divorcio entre la legislación y el sentimiento popular. El nuevo gobierno de Rafael Zaldívar (1876-1885) empezó con el apoyo a la Iglesia filtrado por la influencia directa del gobierno de Guatemala, pero que proporcionó ayuda al obispo empobrecido para viajar a Roma en visita ad limina en muestra de su apoyo. Los últimos años del gobierno de Zaldívar constituyen una nueva forma de persecución “*suave en las formas pero terriblemente destructora en el fondo, que hizo desaparecer por completo la religión profesada por nuestros padres en medio de todo lo oficial y gubernamental*”³⁷.

La inferioridad de la Iglesia va creciendo con la aprobación de las siguientes constituciones de carácter antirreligioso (1880,1883,1886), que legislaban sobre la absoluta libertad religiosa, el matrimonio civil y la enseñanza laica, situación que llegará hasta 1945, año en el que de nuevo se devolvió la personalidad jurídica a la Iglesia, y en la que se escribió el adjetivo “libre” en vez del de “laica” en la parte

³⁶ Vilanova, S.R., *Apuntamientos de historia patria eclesiástica*, San Salvador, 1991, pág. 291, citado en Aldea, Q. y Cárdenas, E, *Manual de Historia de la Iglesia. Tomo X. La Iglesia del siglo XX en España, Portugal y América Latina*, ed. Herder, Barcelona, 1987.

³⁷ Aldea, *op. cit.*, pág. 966

dedicada a la educación. El carácter de monseñor Cárcamo le llevó a “*luchar contra las leyes secularizadoras con el mismo denuedo con que los heroicos obispos de la primitiva iglesia lucharon en las primeras persecuciones*”³⁸. Aparte de esto, promovió la enseñanza primaria cristiana en las parroquias (83 en aquel entonces), fundó cinco colegios, imprimió una hoja suelta titulada “*La propaganda católica*” y cuidó con singular atención de su seminario, despojado de todos sus fondos por el gobierno. Murió pobremente en septiembre de 1885 y dejó un legado importante en las conciencias de los salvadoreños que acudían a escucharle cada domingo y cada día de fiesta. Su sucesor, don Antonio Adolfo Pérez Aguilar (1888-1926) tampoco tomó parte en el Concilio Plenario, presumiblemente a causa de la revolución de 1898, encabezada por el general Tomás Regalado (1898-1903). El delegado apostólico Cagliero había quedado muy impresionado por el celo apostólico del obispo que en las visitas parroquiales revitalizaba la fe de los creyentes basándose en dos preocupaciones: la solicitud para la formación del clero y el amor a los pobres.

Tras el larguísimo episcopado de 38 años de monseñor Aguilar, que murió como un viejo patriarca, su sucesor, José Alfonso Belloso, conocido por “el cura Belloso”, vivió con su patria los agitados años revolucionarios de una conmoción social comparable, guardando las proporciones, con la revolución mexicana. El gobierno de Romero Bosque (1927-1931) promulgaba leyes tímidas y demagógicas y sufría una crisis económica por el descenso de los precios del café. El arzobispado denunciaba las obras del comunismo y del socialismo, dos movimientos que aparecían ya como fuerza seria en el Caribe mientras que en el cono sur habían cobrado una fuerza relativa. La carta pastoral de 1927, anticomunista, obedecía a motivaciones religiosas: “*más ciego - decía- será quien no perciba el espíritu antirreligioso que informa esta tempestad en*

³⁸ Aldea, *op. cit.*, pág. 966

embrión”³⁹. Se creó un Consejo Diocesano de Acción Social Católica que no tuvo éxito por falta de preparación y de voluntarios. En 1928 se convocó la Semana de Estudios Sociales del Clero, un nuevo fracaso ya que el clero era escaso y sin preparación.

El documento sobre la Acción Social (8 de mayo 1930) exigía un salario justo, alimentación y habitación adecuada para los peones y educación y asistencia espiritual para obreros y peones. Reconoce el derecho que tienen los obreros para sindicalizarse y ofrece la mediación de la Iglesia “*privada de recursos pecuniarios y de humano poder*”, para mediar en la funesta tensión nacida entre capitalistas y trabajadores. Este documento pastoral se anticipa en un año a la encíclica “*Quadragesimo Anno*”.

En plena revolución, en enero de 1932, el arzobispo envió una circular a los terratenientes o “finqueros” porque “*los derechos de los trabajadores han sido conculcados, con menoscabo de la justicia y la caridad que deben regular las relaciones de patronos y trabajadores*”⁴⁰. La carta ni fue atendida ni aplicada.

Monseñor Belloso, aunque vuelve a insistir en mayo de 1932 sobre las exigencias de la justicia, no oculta su pesadumbre por la sordera de los ricos y la escasa repercusión de su magisterio episcopal: “*Harto sentíamos que ni aquel primer grito de alarma (su pastoral de octubre de 1927), ni las exhortaciones que después acá hemos hecho, se recibían como deseábamos; antes se tergiversaban nuestros conceptos y se nos motejaba de parciales y mal informados, mientras se permitía propalar al sol y al aire ideas subversivas y cargadas de dinamismo destructor*”⁴¹.

La importancia de monseñor Belloso queda resaltada por Schlessinger: “*Agustín Farabundo Martí, jefe máximo del comunismo en El Salvador (reconoció) en la prisión*

³⁹ Aldea, *op.cit.*, pág. 1037

⁴⁰ Aldea, *op.cit.*, pág. 1037

⁴¹ Aldea, *op. cit.*, pág. 740

*antes de ser fusilado, según testimonio fehaciente, que el único que en El Salvador podría resolver el problema social “era el cura Belloso”*⁴².

Ya en 1938 ocupó la archidiócesis de San Salvador monseñor Luis Chávez y González, del que la revista “*Estudios Centroamericanos*” escribía así: “*Monseñor Chávez ha sabido, o por lo menos siempre lo ha intentado, acompañar estos cambios sin miedo y con una cierta intuición de hacia dónde se mueve la verdad cristiana*”⁴³. La revista se refería a los cambios de una sociedad que pasó de un régimen de relativa “democracia” con Romero Bosque a una serie de gobiernos militares que sólo se fijaron en la represión como instrumento para contentar al pueblo, que cada vez sufría, con más fuerza, la ineptitud de sus gobernantes. La postura y la acción de la Iglesia en este tiempo es decisiva, pues tras un período de apoyo al gobierno muchos de los sacerdotes diocesanos y muchos canónigos se enrolaron en diferentes movimientos populares para luchar, con las armas si era necesario, para parar la carrera irrefrenable de violencia del gobierno, para parar un largo camino de muertos, de hogares destruidos, de niños abandonados y familias destrozadas; un camino de amargura, cerrado a cualquier negociación, cerrado al diálogo, con un único objetivo: MATAR, ejecutar hombres, asesinar o torturar a mujeres, niños o ancianos para legitimar un poder absurdo o poco coherente con la realidad que se sentía, una realidad que pedía libertad a gritos, pero que sólo obtuvo como respuesta un ¡No! salpicado de sangre.

La Iglesia, defensora de los derechos de los hombres, comenzó a tomar algunas iniciativas en contra de la represión, desaprobando un gobierno duro y frío. La Iglesia, cómplice secreta en los primeros años de la represión militar, conseguiría su puesto en la tierra de El Salvador y obtendría la confianza y la esperanza de un pueblo derrotado, abatido por tantos años de persecución, pero un pueblo aún con energías para seguir

⁴² Schlessinger, S. *Revolución comunista. Guatemala en peligro*, Guatemala, 1946, citado en Aldea, *op. cit.*, pág. 740

luchando por su libertad. El todopoderoso EE.UU., gran artífice y socio en la empresa constructora por su ayuda con material bélico y militar en muchas ocasiones, fue la mano que dirigió al títere salvadoreño a su antojo durante varias decenas de años. La inestimable colaboración de los EE.UU.⁴⁴ (siempre dispuestos a echar una mano a veces buena y otras destructora), equilibró la balanza a favor del “gobierno títere”⁴⁵, comandado por la administración Reagan y su plan para probar la eficacia militar en Centroamérica, conocido como método de contrainsurgencia. La Iglesia, mediatizada por la corrupción creciente de algunos de sus prelados, luchará con las armas de la fe, de la cercanía al pueblo, de la compasión por las multitudes, del diálogo y de la amistad con todos, y especialmente con los más pobres, viendo en el pueblo salvadoreño, pueblo lleno de heridas y magulladuras, de huesos rotos y de hemorragias internas, a ese “hombre medio muerto” del cual habla el Evangelio⁴⁶. La Iglesia ha sido una “buena samaritana” para el pueblo salvadoreño, que intentó aferrarse, sin éxito, a algo sólido como los derechos humanos, que fueron repetidamente violados por los continuos abusos contra la población campesina. Con este panorama el período arzobispal de monseñor Chávez y González se presenta como el más duro, el más difícil, casi el “más imposible”, aparte de por su duración (unos 40 años), también porque durante el período en el que él es el arzobispo de San Salvador es cuando ocurren las mayores tragedias, los hechos más destacados y que han marcado profundamente desde ese momento la historia del país, pues es el tiempo en el que los militares suben al poder.

Entre los acontecimientos más significativos de esta larga prelatura arzobispal cabe destacar el Edicto Colectivo del Episcopado Salvadoreño, de 8 de mayo de 1948,

⁴³ *Revista ECA*, 1976, pág. 645.

⁴⁴ Para conocer más sobre la actuación de los EE.UU. en Centroamérica se puede consultar el libro: Ortega, J. *La estrategia USA en Centroamérica*, ed. Alba, Madrid, 1984.

⁴⁵ Expresión muy utilizada cuando se quiere decir que es un gobierno manipulado, que está influenciado a la hora de tomar sus decisiones por otro gobierno o por personas o grupos que le hacen presión a favor de la consecución de sus intereses.

que se escribe en vísperas electorales y está dirigido a la población para que se dieran cuenta de la importancia de elegir un nuevo sistema político para no caer en los regímenes militares anteriores. Está firmado por los tres únicos obispos existentes en aquella época y en una república apenas nacida. Hay párrafos que se adelantan a lo que luego serán las enseñanzas del Concilio Vaticano II, pues tienen un fuerte contenido social. Afirma “*el fin eminentemente espiritual (el Concilio lo llamará religioso) de la Iglesia*”. Pone de relieve que, aunque la Iglesia “*no tiene ningún plan político ni económico ni técnico en general, también tiene principios y normas para la vida de todos sus fieles, de los que no pueden éstos prescindir en sus actividades ciudadanas*”⁴⁷, es decir, que la Iglesia debe tomar posturas en tanto en cuanto afecten a sus creyentes y no ser indiferente, que es lo que había estado ocurriendo hasta ese momento.

Para afirmar el fin espiritual de la Iglesia y los principios de la conducta cristiana prohíbe la militancia política del clero y su inscripción en partidos políticos, previniendo así la posible instrumentalización de la religión a favor o en contra de las legítimas aspiraciones ciudadanas. A los obispos les parece un asunto gravísimo la indiferencia frente a la situación social de El Salvador: “*¿Qué me va a mí la suerte de mi hermano?*”⁴⁸. A este respecto los obispos dicen en su escrito: “*Con Nuestro Divino Maestro y Fundador, también nosotros sentimos pena y compasión indescriptible al ver nuestras multitudes obreras y campesinas tan carentes de cultura, de higiene, de alimento, de vivienda y de asistencia médica. Y es mayor este nuestro dolor cuando al considerar que Dios ha sido tan pródigo con nosotros en los últimos años, haciendo que nuestro suelo produjera tan abundantes cosechas, vemos que el beneficio de éstas*

⁴⁶ Se refiere a la lectura del pasaje del Buen Samaritano (Lc 10,30-37), el modelo de compasión y solidaridad con todos.

⁴⁷ Aldea, *op. cit.*, pág. 773

⁴⁸ Esta frase de Caín dirigida a Dios cuando éste le pregunta el lugar donde se encontraba su hermano está recogida para indicar esta despreocupación, este desinterés por lo que pueda ocurrir a nuestro alrededor, permitiendo que la fuerza del mal actúe en las vidas de muchos otros, como le pasó a Abel, asesinado por su hermano. Gn 4, 8-9.

*ha sido tan desproporcionalmente repartido: a unos tanto y a los más tan poco. Se trata de una grave injusticia social, que quizá provenga de la falta de una adecuada legislación, pero que ciertamente clama al cielo y que nosotros denunciaremos públicamente pues no quisiéramos vernos manchados con ninguna complicidad en tamaño pecado”*⁴⁹.

Sobre el tema de los peligros del comunismo (que en esa época era muy temido por el auge de los movimientos nacionalistas y de la experiencia soviética), los obispos escriben: *“No constituiría el comunismo tan seria amenaza para la paz y el bienestar de los pueblos si no hubiera tantas necesidades que remediar. No es el comunismo el que ha inventado los males que provienen, sobre todo, de una injusta distribución de los bienes de la tierra”*⁵⁰.

La preocupación social es el tema predominante en el Edicto, como lo es también en la propia vida social y política: *“el primer deber de religión es incluir, como el punto más importante de todo programa de gobierno, la solución de los problemas sociales”*⁵¹.

Este Edicto Colectivo tuvo una enorme importancia para el desarrollo futuro de las relaciones Iglesia-Estado y de la sociedad misma, pues es el inicio de un movimiento que procurará luchar, con las armas débiles de la fe y de la palabra, contra los sucesivos gobiernos antisociales, anticomunistas, proindividualistas, procapitalistas, pronacionalistas y proestadounidenses. Este programa abre las esperanzas al cambio social. Inicia un movimiento de protesta generalizado que se resolverá con las únicas armas que conocían bien los militares: las que de verdad matan. Las violentas y encarnizadas represiones sociales son la prueba más verdadera de que la voluntad de la

⁴⁹ Aldea, *op. cit.*, pág. 773

⁵⁰ Aldea, *op. cit.*, pág. 773

⁵¹ Aldea, *op. cit.*, pág. 773

Iglesia y la voluntad del gobierno no van juntas por los mismos caminos, sino que son completamente divergentes, distintas en sus ideas y en sus objetivos.

En 1950 la nueva Constitución concedía personalidad jurídica a la Iglesia y el derecho de establecer congregaciones religiosas excepto las monásticas. No hubo, por otra parte, acuerdo en los siguientes puntos: desconocimiento del hecho católico de la nación; reafirmación del laicismo educativo y prohibición a los sacerdotes para pronunciarse sobre problemas políticos.

En ese mismo año, el presbítero Óscar Arnulfo Romero, como secretario de la diócesis de San Miguel, envió a la Asamblea Nacional Constituyente un memorial con 20.000 firmas para solicitar la supresión de la enseñanza laica y el establecimiento de la enseñanza religiosa. Y en 1955 monseñor Chávez y González pidió que se celebrara un Concordato, pues los católicos eran considerados como ciudadanos de segunda categoría. En abril de 1961 publicó un documento pastoral en que se estudiaba la situación social salvadoreña. Su prudencia en el tono no evitó el sobresalto entre la oligarquía nacional: *“parece que ha sentado mal hasta el título, pretendiendo convencer a los ricos que repartan sus riquezas”*⁵² – decía monseñor Chávez.

Después de una amplia introducción en la que se propone la doctrina clásica de la Iglesia en el terreno social, el arzobispo señala: *“Estas doctrinas avanzadas de la Iglesia parecerán a muchos revolucionarias. La Iglesia ha propugnado siempre doctrinas sociales avanzadas y justas. El defecto está en que no nos hemos preocupado lo suficiente de llevarlas a la práctica dentro de las posibilidades (...) La Iglesia no defiende el estado actual de cosas. Defiende una mejor distribución de las riquezas por considerar al hombre en toda su dignidad de persona humana y de hijo de Dios”*⁵³.

⁵² Aldea, *op. cit.*, pág. 774

⁵³ Aldea, *op. cit.*, pág. 774

Y más adelante escribe: *“Nos avergonzamos al ver a muchos de nuestros campesinos y sus familias sumidos en la ignorancia, con una habitación impropia de personas humanas, con alimento deficiente, mal vestidos, ofreciendo un terreno propicio a las enfermedades”*⁵⁴. Lo que el arzobispo pretende señalar es la desigual distribución de las riquezas, el contraste entre la pobre vida del trabajador y del campesino con la feliz, lujosa y derrochona vida del rico. Consciente de la complejidad del problema el arzobispo dice que se debe buscar una mayor producción y una mejor distribución, lo que supone la justicia en la remuneración del salario y el descanso dominical retribuido.

Monseñor Chávez entrevee lo que denomina una *“mentalidad feudal”* en el país como respuesta a la consideración de que el obrero se gastará el salario en bebidas y vicios de todo tipo, y señala: *“A cada uno toca cumplir con la justicia; no nos metamos a estudiar la administración del prójimo”*⁵⁵ y afirmando en segundo lugar que correspondería en tal caso *“al de arriba”* promover la educación del pueblo, que por su pobreza e ignorancia es incapaz de cultivarse intelectual y moralmente.

En la parte final se habla del espíritu social cristiano que busca libremente una mejor distribución de los bienes: *“Un espíritu que sólo busca el máximo lucro retribuirá lo menos que pueda al obrero, buscará beneficios injustos, sacará al extranjero el capital; no introducirá libremente ninguna mejora social”*⁵⁶. Frente al espíritu social cristiano existe otro negativo, temeroso del comunismo: *“Tampoco tiene espíritu social, espíritu de Cristo, quien sólo por miedo a perderlo todo quiere implantar las reformas sociales. Es triste que sea el miedo al comunismo quien nos espolee a ser justos. Pero*

⁵⁴ Aldea, *op. cit.*, pág. 774

⁵⁵ Aldea, *op. cit.*, pág. 774

⁵⁶ Aldea, *op. cit.*, pág. 775

la verdad es que con temor a comunismo, o sin él, la justicia y la caridad están por encima de todo”⁵⁷.

La pastoral concluye recordando los deberes de los propietarios: “*En vuestras manos está una gran fuerza en favor del pueblo salvadoreño*”. Un amplio párrafo se consagra a las obligaciones del Estado, que sin caer en el totalitarismo está llamado a desempeñar un papel decisivo en la marcha social y económica del país: “*(...) al Estado toca, si el particular no entra, pudiendo, por el camino de la justicia, obligarle a ello por razón del bien común*”⁵⁸.

En el momento en el que se escribía esta carta pastoral también el arzobispo de San José de Costa Rica denunciaba la injusticia imperante, la miseria y la necesidad de una reforma: “*La Iglesia sabe, y por eso lo enseña, que no se pueden remediar estos males por las limosnas y por la sola práctica de la religión*”⁵⁹.

El 12 de marzo de 1977 es asesinado en El Paisnal el padre Rutilio Grande, S.J.⁶⁰ La iglesia salvadoreña está dividida: los que son afines o tienen buenas relaciones con el Gobierno presidido por el general Romero (1977-1979, elegido presidente un mes después del asesinato del padre Grande), y que ven en la Iglesia un aliado para su permanencia en el poder (como el caso de monseñor Romero hasta su conversión), y los sacerdotes infiltrados en grupos revolucionarios, contrainsurgentes o comunistas, que radicalizan las enseñanzas de la teología de la liberación y que ven como única salida a la violencia del Gobierno y del Ejército la toma de las armas y la lucha, y no la oración y el diálogo como más tarde demostraría monseñor Romero. Esta iglesia se debatió día a día en la defensa de su pueblo, tanto de los ricos, una minoría muy poderosa que

⁵⁷ Aldea, *op. cit.*, pág. 775

⁵⁸ Aldea, *op. cit.*, pág. 775

⁵⁹ Aldea, *op. cit.*, pág. 775

⁶⁰ Para conocer más acerca del asesinato del padre Grande se puede leer: Anónimo, *Rutilio Grande: mártir de la evangelización rural en El Salvador*, El Salvador, 1978.

controlaba realmente el país; y de los pobres, la inmensa mayoría, los que verdaderamente más sufrían por la injusticia y las prácticas abusivas del Gobierno.

Entre los sacerdotes antes citados, los que toman como opción de vida y de sacerdocio la cercanía y la atención a los más pobres y necesitados, destaca el ya antes mencionado padre Rutilio Grande, defensor de los pobres en la ciudad de Aguilares. Jamás empleó palabras de provocación o de violencia y amó a los pobres con toda la intensidad de su alma sencilla. Vivió siempre en comunión con los obispos y nunca dejó de protestar contra las injusticias. El episcopado de El Salvador lo declaró “*el primer mártir salvadoreño*”. En carta a la Compañía de Jesús el 19 de marzo del mismo año el padre Pedro Arrupe escribía: “*Parece mostrarnos así el Señor cómo son los mártires del mundo actual. Y así lo ha entendido la Iglesia; en reacción espontánea no ha dudado ella en calificar sus muertes con el título de martirio. Así se expresó el mismo Pablo VI al hablar de las víctimas de Rhodesia; así los obispos de Brasil al referirse al padre Burnier; así han interpretado los obispos, el clero y el pueblo de El Salvador la muerte del padre Rutilio Grande, al dar gracias a Dios por haberles dado al primer mártir salvadoreño*”⁶¹.

El 14 de junio de 1980 caía abatido por las balas, mientras recitaba de rodillas las Vísperas en la humilde iglesia de San Juan Nonualco, el franciscano italiano Cosma Spessoto. Monseñor Pedro Aparicio, obispo diocesano, habló de él como un cristiano, un sacerdote, un franciscano auténtico: “*Un sacerdote que creyó profundamente en su sacerdocio, en la Eucaristía*”⁶². Otros mártires de esta iglesia salvadoreña fueron recordados por monseñor Romero en su homilía del 15 de febrero de 1980. Entre todos ellos destacan “*don Felipe Jesús Chacón, que fue despellejado como San Bartolomé por proclamar el Evangelio*” o “*uno que asesinaron en Aguilares (a quien) llamaban el*

⁶¹ *Acta Romana Societatis Iesu*, vol. XVII, fasc. I, 1978, pág. 21- 23, citado en Aldea, *op. cit.*, pág. 828.

⁶² Aldea, *op. cit.*, pág. 829

*hombre del Evangelio. Yo les he llorado de veras y, con ellos, a otros muchos que fueron catequistas, trabajadores en nuestras comunidades, hombres muy cristianos”*⁶³.

No podemos dejar de mencionar entre estos nombres de cristianos martirizados el del gran e inolvidable arzobispo de San Salvador desde 1977 Óscar Arnulfo Romero. Su muerte conmocionó no sólo a la Iglesia católica sino a amplios sectores de otras comunidades e iglesias cristianas. Su muerte se asemeja mucho a la del mártir San Estanislao de Cracovia: *“Se atribuye el conflicto entre Estanislao y el rey Boleslao II a las injusticias y crueldades cometidas por este último en relación con sus súbditos, cuya defensa contra la prepotencia del soberano fue sostenida por Estanislao hasta el martirio”*⁶⁴.

Monseñor Romero no tuvo ni una sola palabra de odio ni de simpatía por la violencia ni alentó jamás la subversión. Su doctrina en torno a la rebelión y a la violencia coincide con la de Pablo VI. Habló de la necesidad de cambios estructurales profundos pero no violentos. En su homilía del 16 de marzo de 1980 afirma lo siguiente: *“Alguno me ha criticado diciendo que yo quería unir en un solo sector las fuerzas populares y los grupos guerrilleros. Mi mente tiene muy clara la diferencia. A éstos, pues, y a los que están por soluciones violentas, deseo dirigirles una invitación a la comprensión. Nada violento puede ser duradero. Aún hay perspectivas humanas, soluciones racionales y, sobre todo, superior a todo, está la palabra de Dios que hoy ha gritado: ¡Reconciliación!”*⁶⁵.

Preguntado una vez por un periodista si era lícito o no para un cristiano coger las armas en el caso de que la sola denuncia no bastara, monseñor Romero responde: *“La iglesia debe siempre buscar la paz; sin embargo, quisiera recordar las palabras de Medellín: quien defiende celosamente los propios privilegios y, sobre todo, quien los*

⁶³ Aldea, *op. cit.*, pág. 829

⁶⁴ Aldea, *op. cit.*, pág. 829

*defiende empleando la violencia, se hace responsable ante la Historia de provocar las revoluciones explosivas de la desesperación”*⁶⁶.

No se puede empobrecer la figura del arzobispo presentándolo como un luchador contra la oligarquía de la derecha. Él fue, ante todo, un sacerdote y un obispo, un pastor comprometido con su pueblo. Conservó la comunión de afecto y de efecto con el Papa de Roma. En alguna ocasión comparaba su ministerio (no exento de dificultades) con la actitud del apóstol San Pablo que cotejaba su predicación con la de los Apóstoles y con la de San Pedro. En la homilía del 30 de septiembre de 1979 decía: “*Yo desde ahora quiero decirles que quiero ser fiel al Papa hasta la muerte*”. El 2 de marzo de 1980 afirmaba: “*Para mí es el secreto de la verdad y de la eficacia de mi predicación estar en comunión con el Papa. Y cuando encuentro en su magisterio pensamientos y gestos parecidos a los que necesita nuestra Iglesia, me lleno de alegría*”⁶⁷.

Monseñor Romero no esquivó a la muerte: días antes de su asesinato se encontraron 72 cartuchos de dinamita colocados en la sacristía de la Basílica del Sagrado Corazón, iglesia donde él solía celebrar la misa dominical. Se había negado a aceptar una guardia personal porque “*el pastor no busca su seguridad sino la de su grey. El deber me obliga a caminar con mi pueblo, y no sería justo dar muestras de miedo. Si me llega la muerte, moriré como Dios quiera*”⁶⁸. Y así fue el 24 de marzo de 1980 en la capilla de la Divina Providencia al empezar el ofertorio⁶⁹.

Algunas fechas importantes en su vida fueron:

1917 El 15 de agosto nace en Ciudad Barrios.

1930 Decide ir al seminario con un misionero que conocía el alcalde de su pueblo. Los dos se dirigen hacia la ciudad de San Miguel.

⁶⁵ *Periódico L'Avvenire*, 11 de abril de 1981.

⁶⁶ *Aldea*, op. cit., pág. 830

⁶⁷ www.romero.es

⁶⁸ *L'Osservatore Romano*, n° 587, 30 marzo 1980, pág. 4

- 1936 Marcha a Roma para estudiar Teología en la Universidad Gregoriana.
- 1942 Regresa a El Salvador. El 4 de abril recibe la ordenación sacerdotal.
- 1944 El 4 de enero él y su amigo monseñor Valladares regresan de Roma después de haber estado en un campo de concentración en Cuba.
- 1966 Se le nombra secretario de la CEDES (Conferencia Episcopal de El Salvador). Monseñor Graziano le sustituye como obispo auxiliar de San Miguel.
- 1968 Se encarga de la dirección del semanario “Orientación”.
- 1970 El 21 de abril el nuncio apostólico le comunica su nombramiento para el obispado y su consagración se celebra dos meses después.
- 1972 El 3 de agosto los obispos deciden quitar a los jesuitas de la formación de los futuros sacerdotes, apartándoles del seminario, del que monseñor Romero era rector.
- 1974 El 15 de octubre es nombrado obispo de la diócesis de Santiago de María.
- 1977 El 22 de febrero se hace responsable de la archidiócesis de San Salvador. Rivera y Damas y monseñor Revelo quedan como auxiliares.
- El 12 de marzo es asesinado el padre jesuita Rutilio Grande, párroco de Aguilares, junto a dos campesinos que le acompañaban. Era conocido por su trabajo de promoción social entre ellos.
- El 10 de abril publica su primera carta pastoral: *“Iglesia de la Pascua”*.
- En junio la U.G.B. (Unión Guerrillera Blanca), del entonces capitán D’Abuison, amenazó de muerte a todos los jesuitas.
- El 1 de julio toma posesión como nuevo presidente de la República Carlos Humberto Romero, ministro de Defensa en el momento en que asesinaron al padre Grande, del cual aún no se había empezado a investigar su asesinato. Monseñor Romero no asistió a este acto.
- 1978 El 14 de febrero obtiene el doctorado “honoris causa” por la Universidad de Georgetown, promovido por los jesuitas.
- 1979 El 15 de octubre se produce un golpe de Estado. Se establece una Junta Revolucionaria de Gobierno mandada por dos militares.

⁶⁹ Es interesante leer el informe emitido por la Comisión de la Verdad para El Salvador sobre el asesinato de monseñor Romero. Consultar en www.romero.es. También se puede leer sobre este tema el documento del Lawyers Committee for Human Rights en *ECA*, n° 497, marzo de 1990, págs. 191-202.

El 5 de noviembre el nuncio de Costa Rica le anunció que grupos de izquierda tramaban su muerte.

1980 El 18 de febrero destruyen la emisora YSAX, emisora de radio perteneciente al arzobispado de San Salvador desde la que emitía sus discursos. El 24 de marzo muere asesinado mientras celebraba la Eucaristía en un hospital de cancerosos. En el funeral más de 100.000 personas abarrotaron la plaza de la catedral. Una bomba lanzada desde el Palacio Nacional fue la causante de una nueva matanza: 40 personas murieron y más de 200 quedaron heridas⁷⁰.

Tras su muerte, el Papa Juan Pablo II dijo en un mensaje enviado a la CEDES que *“el servicio sacerdotal a la Iglesia ha quedado sellado con la inmólación de su vida mientras ofrecía la víctima eucarística”*⁷¹. Y durante la audiencia general del 26 de marzo, dos días después del asesinato de mons. Romero, el Papa se dirigía a los fieles con estas palabras: *“Dejad que el Papa exprese toda su pena por este nuevo episodio de crueldad, demencia y salvajismo. Ha sido asesinado un hombre que se suma a la lista demasiado numerosa ya, de víctimas inocentes; ha sido asesinado un obispo de la Iglesia de Dios mientras ejercía su misión santificadora ofreciendo la Eucaristía (cf. Lumen Gentium, 26). Es un hermano en el Episcopado el que han matado y, por ello, no es sólo su archidiócesis, sino toda la Iglesia la que sufre por tan inicua violencia, que se suma a todas las demás formas de terrorismo y venganza que degradan la dignidad del hombre hoy en el mundo –¡porque la vida de cada hombre es sagrada!– conculcan la bondad, la justicia y el derecho y, lo que es más, ofenden el Evangelio y su mensaje de amor, de solidaridad y de hermandad con Cristo. ¿Hacia dónde, hacia dónde va el mundo? Lo repito hoy otra vez. ¿A dónde vamos? Con la barbarie no se mejora la sociedad, no se eliminan los contrastes, ni se construye el mañana. La*

⁷⁰ Para conocer más acerca de la vida de Mons. Romero y su actividad pastoral se puede consultar la página ya citada www.romero.es, que ofrece una completa edición de su diario y de sus pensamientos,

*violencia destruye, nada más. No sustituye a los valores, sino que corre por el borde de un abismo, el abismo sin fondo del odio. Sólo el amor construye, sólo el amor salva*⁷².

La muerte de monseñor Romero contribuyó en gran medida a polarizar la sociedad salvadoreña y a comenzar una guerra civil cruel, sangrienta, destructora, en la que los sectores extremistas de la población, los insurreccionistas, luchaban contra un poder corrupto, autoritario y manipulador con unos intereses muy concretos y bien definidos por parte de la administración Reagan. Esta guerra, nacida cincuenta años atrás, es la conclusión al clima de tensión continua que vivía la República.

Los militares, dueños del poder durante décadas, se convierten una vez más en los crueles y silenciosos protagonistas del nuevo exterminio, un exterminio que afectó a los campesinos, a los más débiles, a los más pobres, y que aún todavía hoy siguen sufriendo las consecuencias de su terrible destino.

Monseñor Rivera y Damas, el sucesor de monseñor Romero en la archidiócesis de San Salvador, sigue en la mayor parte los planteamientos de su antecesor. En su homilía del 18 de enero de 1981 dice respecto a la insurrección: *“De acuerdo con la moral de la Iglesia, la insurrección es justa sólo y cuando se den cuatro factores: que haya abuso grave del poder político; que se haya recurrido a todos los medios pacíficos y que ninguno de ellos haya llegado a buen término; que los males que vendrían después de la insurrección no fueran mayores que los ya existentes, y que el pueblo vea que existen posibilidades de que la insurrección tendrá éxito”*⁷³.

La falta de definición de posturas o ideologías por el pueblo salvadoreño, su opción por el comunismo, por el socialismo o por el conservadurismo, también es un aspecto sobre el que se pronuncia monseñor Rivera: *“Es cierto que ha habido abusos, y*

además de documentos sonoros y fotográficos y además leer la siguiente biografía de su secretario personal: Delgado, J. *Óscar A. Romero. Biografía*, Ed. Paulinas, Madrid, 1986.

⁷¹ *L'Osservatore Romano*, 30 marzo 1980, pág. 4

⁷² *Íbd.*, pág. 4

*muy serios, y que a pesar del golpe de Estado del 15 de octubre de 1979 la Junta Cívico-Militar no ha conseguido arreglarlos. Pero no se han agotado los medios pacíficos, aunque desgraciadamente los dirigentes políticos se han negado a buscar posiciones pacíficas y se han atrincherado diciendo que sólo queda la salida militar. Tampoco está claro para el pueblo salvadoreño que una instauración de carácter socialista será mejor. El pueblo sabe que la izquierda tiende siempre al comunismo, lo mismo que la derecha tiende hacia el egoísmo y la injusticia”*⁷⁴.

Poco después continua su reflexión sobre la insurrección: *“Tampoco el pueblo salvadoreño ve ahora posibilidades reales para que la insurrección, a la que ellos tratan de llevar al pueblo, pueda tener éxito. El salvadoreño se muestra reservado y comprende que la lucha actual es de índole política en la que hay dos partes: unos, los que quieren tomar el poder, y otros, que quieren mantenerse en él. Exhortamos al pueblo a que permanezca sereno; no es la Iglesia quien debe decirles que vayan o no a la insurrección (...) Sigamos a través del diálogo por los caminos de la paz, de la justicia y de la libertad”*⁷⁵.

La situación de la guerra se agravó por momentos. El Ejército reprendía aún con más fuerza los conatos revolucionarios en todo el país. El único camino válido para resolver la situación era el diálogo como lo expresaba Romero: *“Espero que haya todavía un camino pacífico: el diálogo entre los que quieren el bien del pueblo. También hay hombres de buena voluntad en el ejército y en el gobierno”*⁷⁶.

Y monseñor Rivera y Damas, por su parte, en un comunicado firmado por sus sacerdotes y religiosos, refiriéndose a las ayudas que pudieran prestar países extranjeros al país, como los Estados Unidos, puntualiza en qué deben consistir tales ayudas: *“Por*

⁷³ Aldea, *op. cit.*, pág. 447

⁷⁴ Aldea, *op. cit.*, pág. 447

⁷⁵ Aldea, *op. cit.*, pág. 447

⁷⁶ Aldea, *op. cit.*, pág. 830

eso exigimos del gobierno de los Estados Unidos, como lo ha pedido en un gesto profético nuestro arzobispo Mártir, monseñor Romero, que no proporcione ayuda militar a nuestro gobierno. Efectivamente, a pesar de las declaraciones sobre sus objetivos, la ayuda militar facilita la represión del pueblo y la persecución de la Iglesia”⁷⁷.

Nacido el 30 de septiembre de 1923 en la ciudad de San Esteban Catarina, en el departamento de San Vicente, monseñor Rivera y Damas se ordenó sacerdote de la Congregación Salesiana el 19 de septiembre de 1953. En octubre de 1960 fue consagrado obispo y durante 17 años fue auxiliar del arzobispo Luis Chávez y González, para serlo más tarde de monseñor Romero. Tras el asesinato de éste, fue designado administrador apostólico de San Salvador hasta que el 28 de febrero de 1983, durante la visita que efectuó el Papa Juan Pablo II a Centroamérica, fue nombrado arzobispo de San Salvador.

Al año siguiente (1984) comenzó su mediación entre el gobierno y la guerrilla del F.M.L.N., instando siempre a ambas partes al respeto de los derechos humanos de los civiles y continuó las conversaciones durante años, hasta que la Iglesia cedió el relevo en la negociación a la O.N.U. después del asesinato de los padres jesuitas.

Continuador de la misión de monseñor Romero, comentaba todos los domingos desde el púlpito los acontecimientos políticos y sociales más importantes de la semana, y denunciaba sin vacilar las frecuentes violaciones de los derechos humanos. Esta actitud le ocasionó ciertos roces con los Gobiernos salvadoreños, pero no le impidió insistir en sus oficios de mediador en el conflicto.

En abril de 1994, algunos meses antes de su muerte, pidió a sus feligreses en una homilía que no votaran a favor de los que *“idolatrán a los asesinos de monseñor Romero”*, en clara alusión al fundador de A.R.E.N.A., Roberto D’Abuisson.

⁷⁷ *Revista Ecclesia*, n° 2013, 10 enero 1981, pág.

Muerto el 26 de noviembre de 1994, en su última homilía hizo un nuevo llamamiento a cumplir todos los pactos de paz y anunció los avances en el proceso de canonización de monseñor Romero. En su última carta pastoral relató también con satisfacción sus logros en un reciente viaje a Europa y Canadá y reveló que, tras sus nuevos contactos en el exterior, comenzaría a estudiar inglés. Por todo esto, monseñor Rivera y Damas será recordado, por su defensa incansable de los derechos humanos y su vital colaboración en el proceso de paz salvadoreño, que puso fin a una guerra de 12 años.

Uno de los momentos más duros, y que más repercusiones tuvo durante su mandato al frente de la archidiócesis de San Salvador, fue el asesinato del padre Ignacio Ellacuría y de otros cinco jesuitas compañeros suyos, junto a dos colaboradoras que trabajaban en la Universidad, ocurrido en la madrugada del día 16 de noviembre de 1989 en el campus de la U.C.A. (Universidad Centroamericana). Este asesinato fue un golpe tremendo para los salvadoreños. Muchos llegaron a pensar que los “escuadrones de la muerte”, asesinos de monseñor Romero, iniciaban con este acto una nueva oleada de asesinatos, pero la investigación realizada por la abogada Martha Lynn Doggett, con documentos del Departamento de Estado norteamericano, confirma la hipótesis de que el gobierno de los Estados Unidos estuviera detrás, directa o indirectamente, del asesinato. La investigación, difícil por la gran cantidad de trabas que pusieron los gobiernos de EE.UU. y de El Salvador, y también el Ejército salvadoreño, reveló que la Administración norteamericana sabía que el entonces jefe del Estado Mayor del Ejército salvadoreño, René Emilio Ponce, ordenó personalmente la matanza de los jesuitas, pero que decidió guardar silencio para no poner en peligro las negociaciones de paz, según publicó en abril de 1994 el diario *“The Washington Post”*. En el libro *“La muerte anunciada”* se asegura que *“el gobierno de Cristiani fue cómplice”* y también que *“la*

embajada de EE.UU. hizo lo imposible para impedir una investigación completa”⁷⁸. La embajada de EE.UU. en El Salvador sabía que los militares tenían un plan preparado para asesinar a dirigentes políticos de la oposición, líderes sindicales, activistas de las organizaciones de derechos humanos y sacerdotes ante el ataque de la guerrilla a San Salvador en el mes de noviembre de 1989, cuando el alto mando de las Fuerzas Armadas aprovechó para intentar eliminar a todos los que consideraba “cómplices insurgentes”.

Doggett revela que “*el Departamento de Estado estaba especialmente preocupado por colocar la información apropiada en el Vaticano y en el Ministerio español de Asuntos Exteriores. La actuación pública del Gobierno español siguió los pasos de la política de Washington, resumida un año después del asesinato, afirmando que “la percepción de los oficiales salvadoreños es que “todo está perdonado”*”⁷⁹. Durante la investigación del caso sucedieron cosas muy escandalosas, como que “*por negligencia o temor no se recogieron pruebas contundentes en contra de los detenidos y hasta se permitía su destrucción. Tal es el caso de los libros de registros de entradas y salidas de la Escuela Militar, donde se fraguó el operativo y de donde partió el comando asesino, incinerados una noche de la primera quincena del mes de diciembre de 1989, y de cuya incineración no se supo sino hasta finales del mayo del año siguiente*”⁸⁰.

El informe de la comisión Moakley, llamada así por el apellido del presidente de la Comisión del Congreso de los EE.UU. encargada de investigar los asesinatos, presentado a finales de abril de 1990, reflejó “*el cúmulo de mentiras y contradicciones*

⁷⁸ Doggett, M., *La muerte anunciada*, UCA Editores, El Salvador, 1994, pág. 23. Acerca del desarrollo del crimen también se pueden consultar las págs. 116-126. También sobre este asunto se puede leer: Whitfield, T. *Pagando el precio. Ignacio Ellacuría y el sesinato de los jesuitas en El Salvador*, UCA Editores, El Salvador, 1998.

⁷⁹ Martin Medem, J.M., “Una muerte anunciada”, *El Mundo*, 15 noviembre 1994.

⁸⁰ “Las fases del proceso de la masacre de la UCA, en *ECA*, n° 50, agosto 1999, pág. 634

*que caracterizaron las declaraciones de los cerca de treinta interrogados, que constituyen el mejor compendio de la honorabilidad y patriotismo que inspira a los miembros de las FF.AA.”*⁸¹.

En una reunión el 20 de agosto de 1989 entre el presidente Cristiani, el de la Corte Suprema de Justicia Gutiérrez Castro y el del alto mando de la Fuerza Armada con el juez Zamora, se ofreció a éste último todo el apoyo necesario para asegurar una rápida y honesta investigación. Resultado de la misma fue la nueva declaración ante el juez de cuatro miembros del batallón Atlacatl (encargado de la seguridad del complejo militar) que ya declararon en febrero. Tres de ellos fueron detenidos por falso testimonio y contradicciones con su primera declaración: “*Obviamente, la moralidad y cooperación del Ejército salvadoreño con la justicia presenta mayor sensibilidad en ciertas estaciones del año, sobre todo cuando el Congreso estadounidense aprueba las ayudas militares para El Salvador*”⁸² - observa Doggett.

En un informe sobre “*actividad enemiga registrada en el área general de la UCA*”, proporcionado por el coronel Ponce el 18 de diciembre de 1989, se registra que el 16 de noviembre, a las doce y media de la noche “*delincuentes terroristas usando armas automáticas asesinaron a los “padres JESUITAS” (sic)... dentro de las instalaciones de la UCA*”⁸³.

En la primera declaración el coronel Ponce también cita información registrada en el alto mando y que da cuenta que el día 16, a las doce y media de la noche, “*delincuentes terroristas, usando lanza-granadas... dañaron el edificio de teología de la UCA*”⁸⁴. ¿Por qué esta contradicción? Aún sigue sin haber sido explicada.

⁸¹ *Ibd.*, pág. 634

⁸² *Ibd.*, pág. 636

⁸³ Doggett, *op. cit.*, pág. 141

⁸⁴ ECA, n° 50, pág. 637.

El mismo coronel Ponce reveló que *“el día 13 de noviembre, fecha para la cual el padre Ellacuría había anunciado al gobierno su retorno al país (con el objeto de considerar la petición hecha por el presidente Cristiani para que formara parte de una comisión que investigara el atentado terrorista contra FENASTRAS⁸⁵, presuntamente ordenado por altos jefes militares), al coronel León Linares, comandante del batallón Atlacatl, quien se encontraba en el Estado Mayor, le habrían ordenado trasladar sus soldados a San Salvador. Aproximadamente a las dos de la tarde de ese día, a la misma hora en la que el padre Ellacuría abordaba su avión hacia San Salvador, Linares puso en movimiento a su tropa; la misma que horas más tarde registró la residencia de los jesuitas de la Universidad y la misma que dos días más tarde los masacró”*⁸⁶.

¿Coincidencia? ¿Casualidad? La tropa cayó en la trampa y mató, mejor dicho asesinó, a los seis jesuitas. ¿Quién fue el responsable? Aún no se sabe. El ocultamiento de pruebas y de testimonios válidos ha ensombrecido un crimen tan cruel como inhumano. Todas las miradas se dirigieron hacia los EE.UU., el considerado “cómplice mudo” de tan macabro suceso. Si ya con la muerte de monseñor Romero terminaban las esperanzas de paz para muchos salvadoreños, con la muerte del padre Ellacuría y de sus otros compañeros las esperanzas de que llegara la paz se tornaron escasas, aunque el proceso de negociación continuó, como también continuaron las muertes y la violenta represión gubernamental. Crímenes como el de los jesuitas o el de las cuatro monjas con ellos asesinadas no debió quedar impune o falto de investigación,

Un año después de la matanza, en diciembre de 1990, el sucesor de Ellacuría en el rectorado de la UCA, Francisco Estrada, opinaba sobre el caso que *“el camino judicial está agotado y dudo que se avance más. No me extrañaría que Benavides (el coronel que era director de la Escuela Militar en noviembre de 1988, lugar de donde*

⁸⁵ La FENASTRAS era la Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños.

⁸⁶ ECA, n° 50, pág. 636

salió el comando asesino de los jesuitas) ni tan siquiera sea juzgado. Este coronel tiene la cola plateada, sabe muchas cosas. Pueden temer que se siente en el banquillo, porque podría adoptar la actitud de si tú dices de mí, yo digo de ti. Y sale a la superficie toda la podedumbre, lo que no les interesa, porque este es un ejército incompetente, incapaz, corrupto y asesino, según han señalado los propios congresistas de Estados Unidos”⁸⁷.

Él mismo señala que tras la muerte de sus compañeros el respeto a los derechos humanos no mejoró en El Salvador, a pesar de que ya se habían iniciado y avanzado, en algunos puntos, las conversaciones de paz con la guerrilla: *“El primero de ellos, el fundamental, el de la vida, se continúa violando cada día, aunque tal vez con menos espectacularidad. Continúan los asesinatos, las desapariciones, los bombardeos de zonas campesinas, el hostigamiento a los refugiados llegados de Honduras. Los escuadrones de la muerte siguen intactos, bien montados, poderosos. Y no ha cambiado la mentalidad del Ejército: quien está contra él es un comunista y a los comunistas hay que matarlos”⁸⁸.*

Tras estos argumentos, lo que podemos sacar en claro es que personas, hijos e hijas de Dios, siervos de los pobres, murieron injustificadamente, pues la única justificación de una vida dedicada por y para los pobres, para dignificar la vida de los campesinos y por mejorar las condiciones de vida de los más oprimidos fue su delito, un delito mortal, con una sentencia ya dictada de antemano: condena a muerte. Esta defensa y ayuda a los más pobres hicieron que se considerase al padre Ellacuría la defensa más potente y universal de los anhelos del pueblo salvadoreño desde la desaparición de monseñor Romero.

⁸⁷ *Revista Ecclesia*, n° 2504, diciembre de 1990, pág. 35

⁸⁸ *Ecclesia*, n° 2476, mayo 1990, pág. 12

El crimen cometido contra los jesuitas y sus colaboradores fue un crimen oscuro, tan oscuro como el ciego y sordo diálogo de las pistolas y las bombas que se vivía en El Salvador; tan oscuro e inhumano como la propaganda que Juan Rafael Bustillo, responsable de las Fuerzas Armadas y destacado ultraderechista, hacía en San Salvador en una ofensiva contra la Iglesia que incluso llegó a salir en primera plana de los periódicos.

Bustillo lanzaba desde sus aviones octavillas con este mensaje: *“Salvadoreño patriota, tienes derecho a defender tu vida y tus propiedades. Si para ello tienes que matar a los terroristas del F.M.L.N. y sus aliados internacionales, hazlo. ¡Destrúyelos, exterminálos!”*⁸⁹.

En este clima propagandístico anticlerical destaca también lo que decían algunos periódicos como *“La Prensa Gráfica”* sobre el trabajo de los misioneros y voluntarios extranjeros: *“muchas de estas personas se esconden tras una postura humanitaria... pero en realidad se dedican a apoyar a los subversivos”*⁹⁰.

Esta incipiente, y dura a la vez, campaña contra la Iglesia y contra quienes están o trabajan en ella, es calmada cuando el trágico “asunto jesuitas” empieza a olvidarse y las conversaciones de paz van consiguiendo resultados. Monseñor Rivera y Damas declara en septiembre de 1990, mes en que se inicia una nueva ronda de conversaciones, que *“debemos alegrarnos de que el diálogo, aunque sea con pequeños pasos, vaya adelante. Sin embargo -añade- las angustias de nuestro pueblo no terminan. Aumentan los casos de personas desaparecidas y el hallazgo de cadáveres que presentan las características de los crímenes perpetrados por los temibles escuadrones de la muerte”*⁹¹.

⁸⁹ *Ecclesia*, n° 2460, enero 1990, pág. 18

⁹⁰ *Ibd.*, pág. 18

⁹¹ *Ecclesia*, n° 2490-91, agosto-septiembre 1990, pág. 15

Del 6 al 8 de diciembre de 1990, siete iglesias y organizaciones cristianas salvadoreñas, apoyadas por unas setenta organizaciones cívicas, reunidas en el Comité Permanente de Debate Nacional (C.P.D.N.), realizaron un ayuno masivo por la paz en la catedral de San Salvador, enviando un mensaje al que fuera en aquel momento secretario general de la O.N.U., Javier Pérez de Cuéllar, para que actuara a favor del alto el fuego. Entre los testimonios más clamorosos, destacaron los de Edgar Palacios, pastor de la Iglesia Bautista, que señaló *“la urgencia de que los salvadoreños vivamos en tranquilidad en esta época de sensibilidad humana”*, y el de Menardo Gómez, obispo de la Iglesia Luterana, que pidió porque *“las armas que traen muerte y destrucción se transformen en instrumentos para el cultivo de los productos que dan vida”*⁹².

Todo por la paz. El pueblo, por la paz. La Iglesia, por la paz. El gobierno salvadoreño, desconfiando de la paz. Estados Unidos, ¿les interesaba la paz en El Salvador? La Iglesia se muestra fuerte en este período. Las aportaciones de monseñor Rivera en el proceso de paz son muy importantes, consiguiendo avances significativos respecto a las peticiones de la guerrilla: desmantelamiento del aparato militar represivo, esclarecimiento de los asesinatos de mons. Romero, de los seis jesuitas y el de la decena de sindicalistas, a pesar de que la guerrilla seguía actuando.

El presidente Cristiani inicia un tímido diálogo, que pronto es cortado de una manera fulminante porque la guerrilla no está dispuesta a aceptar algunas de las propuestas, entre ellas la entrega de las armas y la garantía de una cierta seguridad. Todo parecía complicarse, pero la paz iba por buen camino a pesar de todo.

En noviembre de 1990, los EE.UU. y la ex - U.R.S.S. se unieron por primera vez en una declaración conjunta para pedir la paz en El Salvador, llamando al alto el fuego y a la negociación. Esta declaración por la paz se materializó en el congelamiento por parte del Senado de los EE.UU. de la mitad de los 85 millones de dólares de ayuda

⁹² *Ecclesia*, nº 2506, diciembre 1990, pág. 21

militar a El Salvador, además de amenazar con retirar toda la ayuda si el Gobierno salvadoreño no flexibilizaba su postura con los rebeldes. La ex – U.R.S.S., por su parte, mandó un mensaje a Cuba con la prohibición de mandar armas a El Salvador. Estos hechos fueron una medida muy agradecida de presión contra el Gobierno, también sobre la guerrilla, que les obligaba a sentarse a dialogar, a respetarse y a buscar soluciones al problema de la guerra, como así ocurriría un par de años más tarde.

Las negociaciones de paz amenazaron a la iglesia y a sus pastores, como ocurrió con los asesinados Óscar Arnulfo Romero, Rutilio Grande, Ignacio Ellacuría y tantos otros. Una serie de personas no querían, no deseaban, es más, no les convenía que se firmara la paz en el país, y por ello amenazaban, extorsionaban, chantajeaban y hasta compraban a los curas y a los sacerdotes para que en sus homilías o en su relación con los feligreses de las parroquias no se apoyara la paz, y de este modo se desvanecieran las esperanzas de cambio y de libertad. La situación no era igual para todos los sacerdotes. Muchos de ellos, entre los que se encontraban el arzobispo de San Salvador y sus auxiliares, no callaban ante las tropelías y todo tipo de actos violentos que se cometían, haciendo continuos llamamientos a sus incitadores para que pusieran fin .

Esta iglesia combativa, luchadora, reivindicadora de los derechos humanos y especialmente consciente de su misión salvífica y liberadora, ésta iglesia es la que llevará la paz al país, la que luchará por ella y la que conseguirá que los salvadoreños puedan vivir en democracia y libertad.

Ya en abril de 1991 se publica una noticia cuando menos esperanzadora: *“La guerrilla parece convencida de la necesidad de abandonar las armas, dada la evolución del panorama mundial, y este mismo convencimiento se ha extendido en*

*todos los grupos insurgentes del continente, si hacemos excepción del peruano Sendero Luminoso”*⁹³.

El convencimiento de abandonar las armas se extendió por todos los grupos insurgentes o revolucionarios que operaban en América Latina, lo que significaba que la gran cantidad de conflictos, de heridas abiertas en tantos países del continente y del mundo, de luchas armadas entre gobiernos y guerrillas, se podían curar, tenían solución, no eran interminables. La medicina para curar tantas heridas tenía un solo nombre: PAZ. La paz era la mejor medicina para que el cuerpo, sea cual fuera el país o el problema, pudiera cuidarse y funcionar bien. Por eso, en mayo de 1991, en México, se llegó a un acuerdo en el que figuraban los siguientes puntos: reforma de la Constitución y creación de una “Comisión de la Verdad” que investigara las violaciones de los Derechos Humanos en la última década. Comenzaba así una etapa de “paz armada” en la que se culpó al coronel Guillermo Benavides y al teniente Yushy René Mendoza como autores del asesinato de los jesuitas, y en la que el día 14 de noviembre de 1991 los comandantes del F.M.L.N. anunciaban desde México la suspensión unilateral de las acciones armadas contra el gobierno salvadoreño, que era un “*esfuerzo necesario para lograr la firma del cese del fuego definitivo*”.

Este anuncio llevó al Gobierno a responder de manera positiva a la oferta, culminada cinco minutos antes de que concluyera el año 1991, cuando la radio nacional interrumpió su programación para decir que en New York el presidente Cristiani y los comandantes del F.M.L.N. habían firmado un acuerdo de paz para poner fin a la guerra. Después se hizo una fiesta multitudinaria, y en realidad no era para menos, pues tras siete años de negociaciones por fin llegaba la paz a un país que había dejado un saldo de 80.000 muertos y un millón de exiliados en un conflicto inútil.

⁹³ *Ecclesia*, n° 2523, abril 1991, pág. 21

El Tratado de Paz incluía el alto el fuego desde el 1 de febrero hasta el 31 de octubre, cuando debería ser sustituido por el cese total de hostilidades. Estableció una amnistía total; otorgó libertades políticas para los guerrilleros a medida que fueran deponiendo sus armas y arbitró un sistema de medidas para lograr la reincorporación de los guerrilleros a la sociedad salvadoreña, además de la reducción de las Fuerzas Armadas y la reforma de la policía, que pasaría a manos civiles.

Este acuerdo de paz fue muy importante, pues pareció ser el principio de la vuelta a la normalidad en un país devastado por doce años de guerra civil. Monseñor Rivera y Damas decía respecto al acuerdo, en concordancia con otros miembros de la iglesia salvadoreña, y no sólo salvadoreña, sino también de otras partes, que *“será un poco difícil que tanto una parte como otra entreguen todas las armas, porque hay mandos intermedios que no obedecerán a sus superiores”*⁹⁴, es decir, que quizá muchos soldados no estarían dispuestos a deponer las armas porque era lo único que poseían y era el único medio que conocían para ganarse el sustento: matando, asesinando, torturando. Luego señala que *“no se debería tampoco decretar ninguna amnistía general hasta que no emita su informe la llamada Comisión de la Verdad, pues muchos de los presos políticos podrían estar implicados en crímenes contra la libertad humana o en asesinatos no resueltos o en masacres que no conocían”*⁹⁵. De ahí que la prudencia y la preocupación de la Iglesia por esta firma del alto el fuego iba a marcar el tono de todos sus mensajes.

En una carta pastoral de marzo de 1992, poco después de la firma del acuerdo de paz, se invita a todos los salvadoreños a reconciliarse, a construir la paz, a dar gracias al Señor por el don de la paz y a empezar la construcción de una nueva vida, de un nuevo país: *“La Iglesia comparte los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de*

⁹⁴ *Ecclesia*, n° 2566, febrero 1992, pág. 14

⁹⁵ *Ibd.*, pág. 14

los hombres y mujeres a quienes sirve. En los años recientes hemos trabajado por la conquista de la paz. Con el mismo empeño, la Iglesia debe comprometerse ahora en el ministerio de la reconciliación (...) Convocamos hoy al pueblo de Dios a un intenso esfuerzo de reconciliación, porque éste es el camino seguro hacia la paz firme y duradera que deseamos”⁹⁶.

La misma carta pastoral continua diciendo más adelante: *“Exhortamos a nuestros hermanos y hermanas en la fe a orar sin descanso, porque “si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores” (Sal 126,1). Llamamos a todos los bautizados a comprometerse en la misión, porque la nueva evangelización responde plenamente al formidable desafío que nos presenta una sociedad tan necesitada de reconciliación. Así, ya evangelizados, muchos salvadoreños que tienen quizá su corazón destrozado, redescubrirán con gozo el sacramento de la penitencia”⁹⁷.*

¡RECONCILIACIÓN!, una palabra que ya monseñor Romero gritaba con fuerza, pero que nadie escuchó o no pudo escuchar o no quiso escucharla en aquel momento. La paz, la reconciliación, el camino hacia una vida mejor conduce a la libertad, al perdón, a la solidaridad y a la generosidad. La paz es el camino hacia el amor, hacia el respeto por el otro, hacia la compasión por aquellos que más sufren. La Iglesia salvadoreña pasó de ser “mártir” a ser una iglesia “santa” debido a su contribución esencial en el comienzo, en el desarrollo y en la conclusión de las negociaciones de paz, donde jugó un papel destacado el arzobispo de San Salvador, mons. Rivera y Damas.

La Iglesia, antes dividida entre los llamados “curas rojos” (comunistas, afiliados a un movimiento guerrillero, defensores de la causa de los pobres y que llegaron a tomar las armas) y los “curas blancos” (tradicionalistas, seguidores de los cánones sagrados y

⁹⁶ *Revista Ecclesia*, n° 2584, junio 1992, pág. 36

⁹⁷ *Íbd.*, pág.36

de la tradición, en su mayoría progubernamentalistas y con amistades entre las clases altas del país), se rompe con la llegada de la paz al país, y los sacerdotes se van a dedicar con más empeño y responsabilidad en su tarea de predicar la palabra de Dios y de llevar la palabra del Evangelio, que es palabra de paz, a los corazones de la gente, porque la iglesia también creyó y luchó por la paz, una paz necesaria y que pedían a gritos las multitudes de campesinos que podían morir de hambre o asesinados por los soldados del Ejército. La iglesia inició un nuevo camino, logrando reconciliarse con su pueblo, “la oveja perdida” de la que se habla en el Evangelio, que buscaba pastores que la guiasen pero que sólo encontraba guerrilleros o pastores que no podían resolver sus preguntas. La Iglesia, servidora de los hombres, del pueblo de Dios, comenzó a servir en las necesidades y en las inquietudes, en las alegrías y en las tristezas, en las esperanzas y desilusiones de ese pueblo con sed de una Palabra nueva, renovada, de una palabra conciliadora, bien porque su fuente estaba seca o la habían secado intencionadamente para que sólo funcionara por momentos, convirtiéndose en una especie de “sequía temporal de la palabra”.

El comienzo del verano del año 1993 trajo una desgraciada noticia: monseñor Roberto Joaquín Ramos Umaña, obispo ordinario militar del país, es asesinado. Estaba fresco en la mente el asesinato del cardenal Posadas Ocampo en México, y los salvadoreños pidieron para que no se derramara más sangre⁹⁸. El 8 de julio, Fernando Sáenz Lacalle, obispo auxiliar de Santa Ana desde 1985, fue nombrado nuevo vicario castrense en funciones. La investigación del asesinato de Ramos Umaña por parte de las autoridades locales no gustó demasiado al obispo auxiliar Gregorio Rosa Chávez, que

⁹⁸ En la declaración de la Conferencia Episcopal salvadoreña de 16 de julio de 1993 se señala: “*Al mismo tiempo – en un momento de extrema inseguridad para los ciudadanos - hacemos nuestro el vehemente llamado del Santo Padre al referirse al “bárbaro asesinato del digno prelado”: “Elevo mi súplica a Dios, junto con la Iglesia latinoamericana, que todavía llora la muerte violenta del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo y de monseñor Óscar Romero para que no se derrame más sangre en El Salvador, donde ya se ha vertido demasiada y donde el sufrimiento es todavía grande”, en Revista Ecclesia, n° 2646-47, agosto 1993, pág. 44*

calificó la conclusión de dichas investigaciones como demasiado precipitadas, no aceptándolas como definitivas, pues se basaban en las balas encontradas junto al cuerpo, balas pertenecientes a un fusil M-16 del ejército salvadoreño, y cuya acusación de asesinato recaía en un joven soldado de 19 años, desertor desde hacía un año, sin más pruebas que su posible pertenencia a una banda de delincuentes comunes.

Este cruel suceso ocurrió después de la presentación del informe de la Comisión de la Verdad sobre la violación de los derechos humanos, tal y como estaba contemplado en el Tratado de Paz. Casi nadie hizo caso de los resultados de dicho informe, y los políticos iniciaron una campaña de “borrón y cuenta nueva” para no sacar nombres, fechas y lugares. El general Ponce, ministro de Defensa, se dirigió al país en un mensaje televisado en contra del informe de la O.N.U., que calificó de *“injusto, incompleto, ilegal y atrevido, cuyo tratamiento parcializado denota una clara intención de destruir la institucionalidad, la paz social y las Fuerzas Armadas”*⁹⁹.

A lo largo de más de 400 páginas, de las cuales sólo la mitad contienen una lista interminable de nombres de hombres, mujeres y de niños asesinados, torturados o desaparecidos, el informe *“De la locura a la esperanza”*¹⁰⁰ se refiere también a los crímenes cometidos por los “escuadrones de la muerte” y descubre las conexiones de estas fuerzas paramilitares con el Ejército y con ciertas familias acaudaladas del país. Pero el informe no sólo daba cuenta de los crímenes del Ejército, sino también de los de la guerrilla del F.M.L.N., convertida en partido político y responsable de las ejecuciones de alcaldes llevadas a cabo entre 1985 y 1988 por orden de Joaquín Villalobos, uno de sus máximos dirigentes.

⁹⁹ *Revista Ecclesia*, n° 2626, abril 1993, pág. 14

¹⁰⁰ *“De la locura a la esperanza. Doce años de guerra en El Salvador”*. Informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador. Doc. ONU, S/25500, 1 de abril de 1993. Se puede visitar el informe en la página web: <http://virtual.ues.edu.sv/ce/comision>

El informe responsabiliza al F.M.L.N. de 342 crímenes de entre los 4.281 que se atribuyen al Ejército, 1.656 a la policía, 2.248 a los grupos paramilitares y 817 a los “escuadrones de la muerte”, pero nadie asumió las responsabilidades. Sólo la guerrilla se comprometió a aceptar la inhabilitación de los responsables de los crímenes de guerra para ejercer cargos de alto rango políticos o militares. Y no sólo fueron el Ejército y la guerrilla acusados, sino también la administración estadounidense se vio implicada en el caso, acusada de la ocultación de pruebas y de datos referentes al asesinato de las monjas perpetrado en 1980, acusación que trajo consigo la creación de una comisión de investigación para decidir si bajo los mandatos de Reagan o de Bush se ocultaron al Congreso informes acerca de los abusos cometidos por los militares salvadoreños para impedir la suspensión de la cuantiosa ayuda económica. El teólogo Jon Sobrino dijo a este respecto que *“este mismo gobierno que ahora presiona a Cristiani para purificar al Ejército es la misma administración que durante los últimos doce años ha estado financiándolo y patrocinándolo para cometer estas atrocidades y sabiendo que se cometían”*¹⁰¹. Monseñor Rosa Chávez señaló, por su parte, que *“el informe es sólido, a pesar de que pueda contener alguna injusticia, porque es obra de humanos”*¹⁰².

La presentación de este informe produjo una serie de cambios importantes a corto plazo, no sólo en el ámbito político, sino también en lo social. El presidente Cristiani dejó su cargo a Armando Calderón Sol, otro de los dirigentes de A.R.E.N.A., acusado de intentar detener los acuerdos de paz, y que tuvo que hacer frente a una situación de crisis prácticamente insostenible. Su política consiguió la relativa estabilización del país en lo político y en lo económico, llegando a un nivel de crecimiento del 5 % en el año 1994.

¹⁰¹ *Revista Ecclesia*, n° 2626, pág. 15

¹⁰² *Revista Ecclesia*, n° 2626, pág. 15

El año 1994 deja el intento de expulsión del jesuita español Angel María Martínez Mendizábal, de sesenta y un años, acusado de participar en actividades políticas, hecho que era un delito según el artículo 82 de la Constitución salvadoreña, que prohibía la participación política y la actividad propagandística a los ministros de cualquier culto religioso. Asimismo, más adelante, en el artículo 97, se indicaba que un extranjero perdía el derecho a residir en el país si participaba directa o indirectamente en política.

Medidas duras para tiempos duros. Estas medidas se tomaron con la esperanza de que las cosas cambiaran, de que todo lo conseguido anteriormente no se echase en saco roto, con la esperanza de que cada uno de los ciudadanos salvadoreños pudiera sentirse seguro y libre, sin miedo a represiones en el desempeño de su labor, ya sea la pastoral, el servicio, el poder o la pobreza, sí, también la pobreza, que aumentaba hasta niveles insospechados, pues muchas de las personas que durante la guerra sobrevivían a duras penas y con pocos recursos, ahora se encontraban en una situación aún peor, sin apenas nada que llevarse a la boca para saciar su hambre, ni siquiera una tortilla de maíz o un plato de judías.

Los pobres se encontraban también entre los niños y los ancianos, verdaderos mártires de todas las guerras, que sufren sin explicación unos problemas que nunca quisieron o nunca merecieron. Los niños, llorando de hambre en cualquier rincón del país, desgarrados por el dolor de perder a sus padres o hermanos, vagando por las calles pidiendo algún “chavito” para comer. Los ancianos, la mayoría viviendo en soledad, abandonados en asilos o en hospitales, brutalmente desesperados, se mueren sin que nadie quiera o pueda hacer algo por ellos. Muchos de los que combatieron en la guerra, allá en los frentes de Chalatenango o San Vicente, sobreviven por las calles de la amargura y del abandono, pues la incapacidad para insertarse de nuevo a la vida civil y

ser uno más de los que viven en paz, es uno de sus más graves problemas y que más les afecta.

Todas estas cuestiones eran también resaltadas por el jesuita español al que las autoridades querían expulsar diciendo que sus homilías no son políticas sino que quieren concienciar de las situaciones en que viven sus feligreses campesinos: “*Situación – dice Martínez Mendizábal – de extrema pobreza y olvido en lo que se refiere a servicios como educación y salud*”¹⁰³. Homilías como la citada le valieron al sacerdote la acusación de participación en actividades políticas, pero la única prueba de que disponía el Gobierno salvadoreño para expulsar al padre jesuita era la transcripción de una homilía pronunciada en la parroquia de Teotepeque el 30 de enero de 1994, en la que afirmó que “*la salud en El Salvador no es que deje mucho que desear, es que prácticamente no existe; y no existe porque no hay ningún interés, porque los ricos que nos gobiernan sí tienen clínicas*”¹⁰⁴.

Conocida la orden de expulsión del jesuita, la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado de San Salvador emitió un comunicado defendiendo al padre Mendizábal: “*La única labor del presbítero en su parroquia de Teotepeque, pequeño poblado en el sur del país, ha sido iluminar como pastor y a la luz del Evangelio los hechos sociales que impiden el goce de aquellos derechos más elementales de una sociedad. La expulsión pone de manifiesto una vez más la prepotencia con que actúan los funcionarios del partido en el Gobierno (A.R.E.N.A., ideología de derecha), y la continuidad de la persecución contra la Iglesia católica cuando ésta defiende los derechos de los más pobres*”¹⁰⁵.

El edicto de expulsión sucedía unos meses antes del cambio presidencial, en el que Cristiani dejaba a Calderón Sol las riendas del país. La Iglesia seguía reclamando

¹⁰³ *Revista Ecclesia*, n° 2684, mayo 1994, pág. 25

¹⁰⁴ *Ibd.*, pág. 25

insistentemente una justicia que, desde hacía muchos años, no le correspondía, ya que aparentemente para los poderosos del país no existía, y aún menos para los considerados “curas comunistas”, que seguían luchando contra el sistema. En el quinto aniversario del asesinato de los padres jesuitas se convocaron manifestaciones de protesta en contra de sus autores y en contra del gobierno; se convocaron oraciones para que llegara la paz al país, mas no la paz oficial, ya firmada dos años antes y que marchaba por buen camino, sino la paz consigo mismo, la paz con cada uno, es decir, la oración pidiendo el final de los rencores, de los odios, de las venganzas. Se produjeron huelgas y revueltas en todas las zonas del país como protesta ante las malas condiciones de los trabajadores, que muchas veces permanecían hacinados en sus puestos de trabajo o no contaban con los materiales y utensilios necesarios para desarrollar su labor, o bien porque morían o porque eran víctimas de accidentes sin contar con ningún tipo de seguro o tenían una jornada laboral mucho más larga que la habitual.

Otro grave problema con el que la Iglesia se encontraba era el de las sectas, ya que mucha gente se acercó a alguna de ellas y se hizo miembro activo de las mismas, dejando de frecuentar la iglesia y de participar en la vida parroquial. Y aún era más grave porque si a cualquiera le veían entrar en una iglesia podía recibir amenazas de muerte, pues la mayoría de esas sectas exigían fidelidad, y los que contravenían esta norma eran castigados con la muerte. Este hecho produjo una disminución en la asistencia al culto y a las actividades eclesíásticas en parroquias, colegios, hospitales, asilos, etc. La fe se vivía más en las calles, en las fiestas populares, en la celebración de los santos o en las romerías que se organizaban a lo largo del año eclesiástico. La religiosidad del templo dio paso a una religiosidad popular, vivida donde y como se podía, siempre con respeto, con atención, con mucha devoción y veneración por las imágenes, debido a que las sectas estaban al acecho, y su desarrollo fue imparable hasta

¹⁰⁵ Íbd., pág. 25

tal punto que en poco tiempo se extendieron por todo el país y por todo el continente¹⁰⁶, para el bien de unos pocos y para desgracia de los más pobres, muchos de los cuales se acercaban a estos grupos en busca de algo mejor para sus vidas, pero que sólo encontraban milagros que no eran tales y palabras de curación que no entendían. Así, la Iglesia creció en confianza y caridad por los pobres, pensando más en ellos y buscando modos de participación y cercanía a sus necesidades.

En el año 1995 una serie de acontecimientos parecen cambiar el panorama eclesial salvadoreño. Primero, los quince años de la muerte de monseñor Romero congregaron al país en un grito fraterno por la paz y la libertad, mientras que el 26 de noviembre de 1994 moría el arzobispo de San Salvador, monseñor Rivera y Damas. El sucesor de Romero se marchó intentando seguir en la senda por éste trazada, y fue una pieza importante y valiosa en el proceso de paz. Durante su mandato se pudo cumplir el sueño de Romero de ver llegar la paz y la reconciliación al país.

Mientras Roma elegía un sucesor para monseñor Rivera, circunstancia difícil por otra parte dada la situación del país y la responsabilidad que iba a tener el nuevo arzobispo de continuar la labor de sus antecesores, ejerció como administrador apostólico de la archidiócesis el obispo auxiliar Gregorio Rosa Chávez, visto con buenos ojos y llamado “el candidato de la continuidad”, pues fue obispo auxiliar con Romero y luego también con Rivera y Damas, circunstancia que le favorecía, ya que conocía bien a sus antecesores y estaba muy al corriente de todo lo que sucedía o dejaba de suceder en la archidiócesis. Para muchos se convirtió en el candidato ideal, pero Roma no pensó así, y el 22 de abril de 1995 el Papa Juan Pablo II nombró nuevo arzobispo de San Salvador a Fernando Saénz Lacalle, que ya sustituyó al arzobispo

¹⁰⁶ Un boletín de la Oficina de Información y Documentación del CELAM señalaba que si bien el hecho era mundial, en América Latina tenía un impacto especial: “*En los últimos veinte años, entre 30 y 40 millones de latinoamericanos que se reconocían en una tradición católica han pasado a formar parte*

castrense asesinado en 1993. Miembro del Opus Dei, consideraba que la Teología de la Liberación no tenía cabida en El Salvador. Su nombramiento no fue muy bien acogido por los sectores progresistas del país, en parte porque su antiguo cargo de administrador apostólico castrense le vinculó con el estamento militar, y porque su elección suponía un giro copernicano en la línea pastoral de sus antecesores. Estos no fueron obstáculos para que el gobierno hiciera una valoración positiva de él. Víctor Lagos, como vicecanciller, dijo: *“Esperamos que el nuevo arzobispo pueda retomar el papel de pastor de la Iglesia”*¹⁰⁷. A algunos estas palabras no gustaron demasiado y se preguntaban si monseñor Romero o monseñor Rivera y Damas no fueron también pastores de su iglesia y dudaban si el nuevo arzobispo, vinculado a los militares, iba a saber dirigir los destinos de un pueblo cansado de violencia, destrozado por las injusticias, triste por su trágica historia reciente.

Una de las primeras declaraciones de Lacalle después de su nombramiento le dieron la imagen de alguien que iba a cambiarlo todo: *“lo importante es trabajar eficazmente para erradicar la pobreza y elevar el nivel humano de las personas”*¹⁰⁸. Pero se quedaba en la mitad, ya que si bien por una parte estaba dispuesto a acabar con la pobreza, no decía cómo lo iba a hacer, pues descalificaba a la Teología de la Liberación (el alma mater en toda Latinoamérica de la lucha contra la pobreza y todo tipo de injusticias). Sobre la Iglesia decía que *“siempre ha estado a favor de una verdadera liberación cristiana, pero la que libera en primer lugar del pecado, que en definitiva es el que conduce a todas las injusticias”*¹⁰⁹.

La opinión pública salvadoreña se mostró escéptica cuando no rechazó el nombramiento. La radio “Ysu”, la emisora de la U.C.A., dijo que no era *“el pastor*

sobre todo de iglesias, comunidades, asambleas conocidas genéricamente bajo el apelativo de evangélicas o de la familia de pentecostales”, en *Ecclesia*, nº 2523, abril de 1991, pág. 21

¹⁰⁷ *Ecclesia*, nº 2735, mayo 1995, pág. 25

¹⁰⁸ *Ibd.*, pág. 25

*especial para los tiempos especiales que vivimos en el país. Como miembro del Opus Dei y dada su excelente vinculación con el capital, se prevé al menos que la Catedral muy pronto se terminará de construir y se impulsarán otras obras eclesiales*¹¹⁰.

El vicerrector de la U.C.A., Rodolfo Cardenal, declaró al periódico ABC que monseñor Saénz *“proviene de un círculo que no se ha caracterizado por defender la vida, las mayorías y la lucha contra la pobreza”*¹¹¹.

El pueblo salvadoreño también quiso expresar su opinión acerca del nuevo arzobispo con el siguiente tipo de comentarios: *“Ojalá que el nuevo arzobispo sea como los anteriores”*; *“Que sea un hombre justo, un hombre de paz, no un hombre confrontativo que venga a pelearse con las autoridades o a desacreditar al Gobierno”*; *“Ojalá que el nuevo arzobispo cuente y se encuentre con un pueblo que sea uno, donde se celebre la vida y se sufra la muerte con la esperanza de la resurrección”*¹¹².

La iglesia de El Salvador, fiel al mensaje evangélico, esperó desde ese momento y sigue esperando aún hoy y en el futuro cambiar las vidas de la gente que sufrió la terrible guerra civil que asoló al país durante años, y renovar las vidas de las nuevas generaciones de jóvenes, que podrán ver en ella un aliado contra las guerras, contra las dictaduras, contra todo tipo de explotación o de violencia, que la verán como un modelo de lucha en la defensa del desarraigado y en la defensa de los derechos humanos más fundamentales, que es la lucha por la libertad y por la vida, que es, simplemente, la victoria de la paz y de la RECONCILIACIÓN.

¹⁰⁹ Íbd., pág. 25

¹¹⁰ Íbd., pág. 25

¹¹¹ Íbd., pág. 25

¹¹² Íbd., pág. 25

6. BIBLIOGRAFÍA

- *Acta Romana Societatis Iesu*, vol. XVIII, fasc. II, 1978, págs. 21-23.
- Aldea, Q. y Cárdenas, E., *Manual de Historia de la Iglesia: Tomo X. La Iglesia del siglo XX en España, Portugal y América Latina*, ed. Herder, Barcelona, 1987.
- Alonso, I. - Garrido, G., *La Iglesia en América Central y el Caribe*, Bogotá, 1962.
- Anónimo, *Monseñor Romero: la voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero*, San Salvador, 1980.
- Anónimo, *Rutilio Grande: mártir de la evangelización rural en El Salvador*, San Salvador, 1978.
- *Anuario CIDOB*, año 1995.
- Bermúdez, L., *Guerra de baja intensidad. Reagan contra Centroamérica*, Ed. Siglo XXI, 1987.
- Bethell, L. (ed.) *Historia de América Latina. Tomo 14. Cap. 3. El Salvador desde 1930*, ed. Crítica, Barcelona 2001.
- *Cambio 16*, nº 1322, marzo 1997, págs. 42-44.
- Cardenal, R. y González, A. (comp.), *El Salvador: la transición y sus problemas*, UCA Editores, El Salvador, 2002.
- Cardenal, R., *Historia de una esperanza: vida de Rutilio Grande*, UCA Editores, San Salvador, 1987.
- Casaus Arzú, M. E., *“La estructura social de Centroamérica”*, Colección Akal Las Américas, nº 51, Ediciones Akal, Madrid, 1992.
- Cavalli, F., “Documenti pontifici per la ripresa religiosa dell’America Latina”, en *“La Civiltà Cattolica”*, III, 1965, p. 248 – 255.

- Comisión de Derechos Humanos, *La Iglesia en El Salvador*, Loguez Ediciones, Salamanca, 1982.
- Dalton, R., *Las historias prohibidas de Pulgarcito*, Siglo XXI, México, 1974.
- Delgado, J., *Óscar A. Romero. Biografía*, Ed. Paulinas, Madrid, 1986.
- Doggett, M., *La muerte anunciada*, UCA Editores, El Salvador, 1994.
- *Ecclesia*, n° 1977, abril 1980 (número dedicado al asesinato de Mons. Romero); n° 1978, abril 1980, pág. 44; n° 1990, julio 1980, pág. 19; n° 2013, enero 1981; n° 2459, enero 1990, pág. 16; n° 2460, enero 1990, pág. 18 y 28-38; n° 2476, mayo 1990, pág. 12; n° 2490-91, agosto 1990, pág. 15; n° 2500-2501, noviembre 1990, pág. 53; n° 2504, diciembre 1990, págs. 34-35; n° 2523, abril 1991, pág. 21; n° 2561-62, enero 1992, pág. 21 (sobre los Acuerdos de Paz); n° 2566, febrero 1992, pág. 14; n° 2584, junio 1992, pág. 36; n° 2626, abril 1993, págs. 14-15; n° 2646-47, agosto 1993, pág. 44; n° 2684, mayo 1994, pág. 25; n° 2728, marzo 1995, pág. 17; n° 2735, mayo 1995, pág. 25
- *El Estado del mundo*, años 1995 y 1998.
- *El Mundo*, 15 noviembre 1994; 28 noviembre 1994.
- *El País*, 15 febrero 1995; 27 noviembre 1995.
- Gilly, A., *Guerra y política en El Salvador*, ed. Nueva Imagen, México, 1981.
- Halperin Dongui, T., *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.
- Hamilton, N.; Frieden, J.A.; Fuller, L.; Pastor, M., *Crisis in Central America. Regional Dynamics and U.S. Policy*, Westview Press, 1988.
- *L'Avvenire*, 11 abril 1981.
- *L'Osservatore Romano*, n° 587, 30 marzo 1980.

- Muñoz, H. (comp.) *América Latina y el Caribe: políticas exteriores para sobrevivir*, ed. Prospel, 1986.
- Ortega, J., *La estrategia USA en Centroamérica*, ed. Alba, Madrid, 1984.
- Patee, R., *El catolicismo contemporáneo en Hispanoamérica*, Buenos Aires, 1951.
- Perales, I. (comp.), *El volcán en guerra. El Salvador 1979-1987*, ed. Revolución, Madrid, 1988.
- Piñol, J.M., *Iglesia y liberación en América Latina*, ed. Marova y Fontanella, 1972.
- *Revista Estudios Centroamericanos*, años 1948, 1950, 1955, 1961, 1976, 1977, 1978, 1986, 1990 y 1999.
- Rouiqué, A. *Guerras y paz en América Central*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- Sobrino, J., *Monseñor Óscar A. Romero. Un obispo con su pueblo*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1990.
- Useros, M. *La vida por el pueblo. Cristianos de comunidades populares en América Latina*, ed. Popular, Madrid, 1981.
- Vilanova, S.R., *Apuntamientos de historia patria eclesiástica*, San Salvador, 1911.
- Villalobos, J., “El estado actual de la guerra y sus perspectivas”, *Revista ECA*, nº 449, San Salvador, 1986.
- VV. AA., *El Salvador: la larga marcha de un pueblo (1932-1982)*, Editorial Revolución, Madrid, 1982.
- VV. AA., *La iglesia en Centroamérica*, San Salvador, 1969.

- Whitfield, T., *Pagando el precio. Ignacio Ellacuría y el asesinato de los jesuitas en El Salvador*, UCA Editores, El Salvador, 1998.
- Wiarda, H.J., *Conflicto y revolución. La crisis en América Central*, ed. Tres Tiempos, 1986.